

Además...

LA FLECHA DE DIOS

Por Leslie Charteris

UNA de las críticas que Simón Templar hace habitualmente al tipo clásico de cuentos policiales es que la víctima del asesinato, involuntario punto de partida de todo el entretendido misterio, es casi siempre un personaje insignificante o desfila vagamente por las primeras páginas con el solo objeto de convertirse en un conveniente cadáver, descubierto en la biblioteca al fin del primer capítulo. Cua lesquiera que sean sus propios problemas y sentimientos, la personalidad que tiene que proporcionar a tantos sospechosos, motivos adecuados para desearle la muerte, se conoce sólo de segunda mano. Va apareciendo fragmentariamente durante el proceso convencional en que el autor va destacando uno tras otro a los distintos sospechosos.

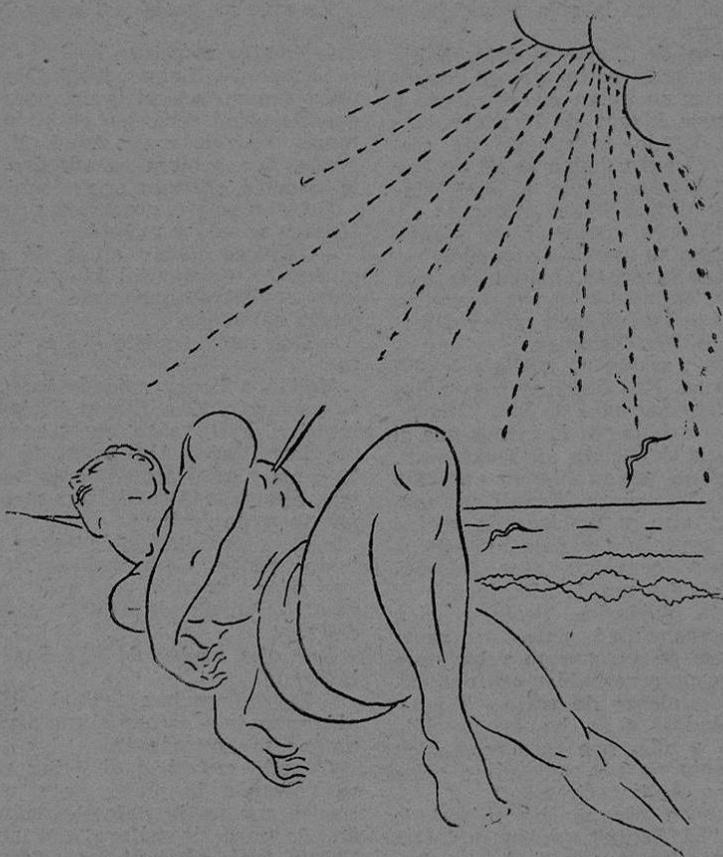
—Casi se le podría llamar— ha dicho Simón— “corpus delicti” en vez de corpus delicti; cuerpo abandonado en vez de cuerpo del delito. En realidad, el asesinato debiera ocurrir en la mitad de obra, porque los acontecimientos que lo provocan son, por lo menos, tan interesantes como la solución de quien lo cometió. Personalmente yo he asesinado a muy pocas personas que no conociera bien de antemano.

Procediendo de un hombre considerado generalmente como un personaje de novela policial él mismo, este comentario merece por lo menos ser expuesto. Sin embargo, no se puede aplicar a la muerte de Mr. Floyd Vosper, que produjo una breve conmoción en la isla Nueva Providencia a principios de la pasada primavera.

El motivo que tuvo Simón Templar para encontrarse en Nassau (diremos para beneficio de quienes no han viajado, que Nassau está en Nueva Providencia, la cual a su vez en una isla de las Bahamas) es una de esas preguntas que siempre se plantean en los cuentos relacionados con “El Santo”, y que sólo pueden contestarse repitiendo que le gusta viajar y que lo mismo aparece de repente en Nueva Zembla que en Tanganyika. En cuanto a por qué fue invitado a la casa de la señora Wexall, cabe recordar que “El Santo” tiene amigos en muchos sitios, honrados o no. Y que lo mismo podía haber visitado la Casa Blanca o el hogar de algún famoso estafador. Pero Mrs. Wexall tiene fama de coleccionista de celebridades y lógicamente el paso

de Simón Templar por su ciudad no podía escapar a su atención. Así, un buen día, Simón entró a su casa y a lo poco que quedaba de la vida de Floyd Vosper. Naturalmente él no lo sabía en ese momento, ni tampoco conocía a Floyd Vosper, excepto de nombre. En eso se parecía a otros cincuenta millones de personas; porque Floyd Vosper era uno de los autores más famosos de su época, cuyos libros, como “Pies de

Por eso la primera impresión que tuvo de Vosper fué una voz, una voz no identificada, una voz seca, deliberada y molesta que salía de detrás de un macizo de flores. —Querida Janet— decía la voz—. No debes permitir que tu inocente admiración por los destacados bíceps de Reggie influya en tu apreciación de su perspicacia en asuntos internacionales. Temo desilusionarte, pero el título de se



Arcilla” o “Los Veinte Peores Hombres del Mundo”, estaban dedicados al siempre popular deporte de destrozarse reputaciones. En sus años de periodista había conocido y estudiado a casi todos los hombres importantes del campo nacional e internacional y recordaba con infalible exactitud todos aquellos detalles de sus biografías que ellos habrían querido olvidar. También podía resumir las debilidades de los hombres famosos, con una precisión devastadora, dejándolos desnudos sobre la mesa de operaciones de su vocabulario. Sin embargo, Simón nunca se había preocupado mucho de cómo podía ser en persona este iconoclasta profesional.

leccionado nacional de fútbol no tiene ninguna relación con las dotes de estadista. Hubo una risa un poco forzada que debió provenir de Reggie, y después se escuchó la voz clara y joven de una muchacha que dijo: —Eso no está bien, Mr. Vosper, Reggie no pretende ser un genio, pero es lo bastante inteligente para haberse conseguido un magnífico empleo en Wall Street. —No dudo que podrá desempeñar con eficacia el papel de agente para con los clientes más estúpidos— prosiguió la desagradable voz nasal—, y estoy seguro de que su educación es suficiente para la sencilla aritmética

de la bolsa, como también para captar las cifras básicas de la fortuna de tu padre. Pero esto no debe deslumbrarte, como tampoco hacerte creer que posees cierta fascinación espiritual que lo ha hecho caer a tus pies. En este punto Simón dobló una curva de la senda y vió por primera vez a quienes hablaban. Todos ellos lo miraron con curiosidad discreta. Dos, con cierto alivio.

No era difícil asignar a cada uno su papel. Y podía deducirse fácilmente quién había hecho cada declaración; el joven gigante pelirrojo de rostro agradable y la esbelta rubia de bonita cara, sentados ante una mesa de hierro con un juego de naipes ente ellos, y el hombre delgado y alto, reclinado en una silla de campo, con una boquilla en una mano y un vaso de whisky en la otra.

Simon sonrió y dijo: —Buenos días... Esta es la casa de Mrs. Wexall, ¿verdad? La muchacha se levantó y contestó: —Sí. Y “el Santo” agregó: —Mi nombre es Templar. Me invitaron a venir...

—Ah, claro— dijo la muchacha.— Lucy me lo dijo. Soy su hermana y me llamo Janet Blaice. Este es mi prometido, Reg Herrick, y éste es Mr. Vosper. Simon dió la mano a los dos hombres, y Janet agregó: —Creo que Lucy está en la playa. Lo acompañaré hasta allí.

Vosper levantó su estructura huesuda de la silla y quedó de pie, pareciendo un Mahatma acidulado y algo perverso con sus shorts blancos y su piel tostada. —Yo lo haré— dijo—. Estoy seguro de que ustedes prefieren que darse solos. Además, necesito otro trago.

Indicó el camino a Templar, no por el interior de la casa, sino alrededor de ella. Siguiendo un sendero embaldosado que atravesaba un variado jardín. La brisa agitaba las flores y las hojas y mezclaba sus aromas con el olor salobre del mar. Vosper alisó sus escasos cabellos grises, y Simon se dió cuenta de que lo miraba con gesto especulativo, como si estuviera midiéndolo para blanco de su ingenio.

—Templar— dijo—. Claro. Usted es “El Santo”. El hombre a quien llaman el Robin Hood moderno.

—Veo que lee la prensa— dijo “El Santo”, con voz agradable. —Leo todos los diarios— repuso Vosper— para mantenerme en contacto con las desviaciones del mal gusto. Muchas veces me he pre-

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:

- * Los maestros de la literatura policial: LA FLECHA DE DIOS, por Leslie Charteris (Novela completa)
- * ESTAMPAS POEMATICAS, por Jorge Carrera Andrade.
- * HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA, por Rafael Obregón Loría.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * TRAYECTORIA DE LA CREACION GALDOSIANA, por Joaquín Casaldueño.
- * De Germán Arciniegas: EL GRAN RENACIMIENTO DE LA PICARESCA Y UNA VEZ HUBO UN SIGLO ILUSTRADO.
- * HE SUBIDO PELDAÑOS... (Poema), por Eduardo Jenkins Dobles.
- * Los libros y los días: CARROLL Y LOS ANGELES DOMESTICOS.
- * CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 13 de junio de 1954

Nº 101

guntado por qué la leyenda de Robin Hood tiene tanto atractivo romántico. En mi opinión, Robin Hood fué un bandido que sabía dar publicidad a sus actos de caridad, los que, según recuerdo, no le costaban nada. Muchos financistas inescrupulosos han sido igualmente generosos con sus ganancias mal obtenidas; cuando ellas llegaron a superar su capacidad personal para gastarlas. Pero ninguno de ellos ha sido convertido en un héroe romántico.

—Quizá hubiera cierta diferencia —sugirió Simon— en quienes eran las víctimas del robo.

—Entonces —dijo Vosper, con gesto de desafío—, ¿usted se considera un juez infalible acerca de quiénes deben ser castigados y quiénes recompensados?

—Oh, no —repuso "El Santo", modestamente—, de ninguna manera. Como tampoco estoy seguro de que usted puede considerarse el juez infalible de aquellos a quienes practica la autopsia en sus libros.

Vió cómo Vosper lo miraba con sospecha e incredulidad, como si no pudiera aceptar la idea de que alguien se atreviera a competir con él en esgrima verbal. Pero la serenidad de "El Santo" no permitía llegar a ninguna conclusión, y antes de que la discusión pudiera proseguir, algo vino a interrumpirlos.

Era un hombre sentado sobre una columna trunca que, por motivos conocidos solamente por el arquitecto, había sido incluida en el diseño de una pared que, saliendo desde la casa, separaba una parte de la costa. El hombre tenía pelo largo y rizado, que caía hasta sus hombros. Lo que unido a sus rasgos delicados y ascéticos, lo habrían hecho parecer una mujer, de no ser por una barba igualmente larga, rizada y sedosa. Estaba sentado con las piernas cruzadas, con las manos dobladas sobre las rodillas y miraba fijamente al cielo azul, tan inmóvil y rígido, que se le podría haber confundido con una estatua, de no ser por el movimiento de su larga bata blanca, movida por la brisa.

Después de su primer momento de extrañeza, Simon habría pasado de largo sin comentarios, pero Vosper no pudo resistir la tentación de lucir otra vez su ingenio.

—Ese fugitivo de un baño turco —dijo, imitando un guiño que habla a un grupo de turistas— dice llamarse Astron, viene desde los Dardanelos y acaba de terminar una fructífera temporada en Hollywood. Se deja la barba larga para ocultar su débil mandíbula y el pelo largo para cubrir el vacío de su cabeza. Purifica su alma con una dieta de pasto hervido y jugo de ciruelas. Cada vez que puede, medita. Después de haber sido descubierto por unos ingenieros de la compañía petrolera Anglo-Mongolian, a quienes curó de úlceras estomacales, persuadiéndolos de que no siguieran tomando alcohol puro, se ha dedicado a meditar sobre la perversidad de las riquezas materiales.

—¿También es miembro de nuestro club? —preguntó Simon en tono de broma.

—Astron sostiene —dijo Vosper, apoyándose en la columna y hablando como si el objeto de su disertación no estuviera junto a él— que la única manera en que los propietarios de tales riquezas pueden purificarse es deshaciéndose de ellas. Y siendo él purísimo, está dispuesto con amplio altruismo a convertirse en el custodio de tan corruptora materia. Claro que no la quiere para sí, pero se propone conservarla en un templo que proyecta edificar en el mar de Mármara, tan pronto posea suficiente dinero.

La figura sentada en la colum-

UN LADRON VUELTO DETECTIVE

Originalmente, pensamos en dedicar una parte de la antología a los ladrones famosos. Pero la tiranía del espacio nos convenció de que ello era imposible, y tuvimos que limitarnos a los grandes detectives. Eso nos obligó a dejar fuera a "El Santo", viajero, aventurero y moderno Robin Hood. Era una omisión penosa, porque Simon Templar es uno de los ejemplares más sobresalientes de la literatura policial contemporánea. Hasta que encontramos la solución al caer en nuestras manos "La Flecha de Dios", un cuento en que el ladrón se vuelve detective y colabora con la policía. Es la evolución que impone el público, que prefiere que sus héroes sean buenos. Lo mismo ocurrió con Arsene Lupin. Maurice Leblanc, después de hacerlo famoso como ladrón y hasta asesino (en "813", su obra maestra), tuvo que reformarlo y volverlo detective, para satisfacer a sus lectores.

na se movió. Extendió las piernas y se puso de pie, quedando sobre los dos interlocutores.

—Habéis oído al blasfemo —dijo—. Pero yo os digo que sus palabras son polvo en el viento lo mismo que él es polvo entre las estrellas.

—¿Yo soy el blasfemo? —dijo Vosper, con un gesto de orgullo algo teatral. Volvió la vista al hombre parado en la columna y le dijo: Si es cierto que tienes un hilo directo con el Todopoderoso, ¿por qué no haces que me caiga muerto?

—La vida y la muerte no están en mis manos —dijo Astron, con voz tranquila y confiada—. La muerte sólo puede venir de manos de quien da la vida. Cuando El lo desee os hará caer y la flecha de Dios silenciará vuestros labios. Esto lo he visto en las estrellas.

—¿Curioso, no? —dijo Vosper, abriendo la reja que daba a la playa.

Antes de llegar a ésta, había un patio de estilo griego, cuyas baldosas, se unían directamente a la arena blanca de la playa. Estaba dotado de sillones de alegres colores y había en él un bar móvil bien equipado, al cual Vosper se dirigió inmediatamente.

—Tienes visitas, Lucy —dijo, mientras se mezclaba un cóctel.

Sobre la arena, tendida en una toalla bajo una enorme sombrilla, la señora Wexall giró y dijo:

—Oh, Mr. Templar.

Simon se acercó a ella y le dió la mano. Era difícil darse cuenta de que era hermana de Janet Blaise, porque existía por lo menos una diferencia de veinte años entre ambas y no tenían ningún parecido físico. La señora Wexall era una mujer alta y maciza, de rostro poco agraciado y pelo amarillento; pero convertía esos defectos en virtudes por la alegría con que parecía olvidarlos. Tenía suficiente personalidad para no preocuparse de su aspecto y bastante dinero para respaldar esa actitud.

—Me alegro de verlo —dijo, volviéndose a un hombre tendido junto a ella, que esos momentos se ponía en pie, agregó: ¿Conoce a Arthur Gresson?

Gresson era mucho más bajo que "El Santo" (quien mide un metro ochenta y cuatro), pero bastante más ancho. A diferencia de todos los demás habitantes de la casa, su piel no estaba quemada por el sol. Cubierto de aceite, su cuerpo redondo tenía el tinte rosado que las epidermis vírgenes.

—Mucho gusto en conocerlo, Mr. Templar —dijo, estirando una mano y suave y cálida.

—Me imagino que quiere un trago —dijo Lucy Wexall—. Haga mos trabajar a Floyd.

Se reunieron con Vosper, junto al bar, y después de pedirle sus bebidas favoritas, Lucy agregó:

—En seguida instálese tan cómodamente como pueda.

—Estoy seguro de que Mr. Templar se sentirá feliz —dijo Vosper—; lo mismo que yo, es un

hombre de mundo. Gozamos de la comida y bebida de Lucy, y a cambio de ellas le proporcionamos el placer de aparecer en las crónicas de sociedad junto a nosotros. Un buen negocio por ambos lados.

—Así es el progreso —dijo Lucy Wexall—. En la Edad Media habría tenido un bufón. Ahora sólo he podido obtener un chistoso profesional.

—Para que usted lo sepa, Templar —siguió diciendo Vosper, mientras le entregaba un vaso—. Mr. Gresson —Mr. Arthur Granville Gresson— es lo que se llama un promotor. Ha vendido innumerables acciones de pozos petrolíferos inexistentes. Ahora se propone engañar a Herbert Wexall, pero como Herb se casó con Lucy, puede darse el lujo de que lo engañen; a menos que usted se crea capaz de quitarle a Reggie el amor de Janet, le aconsejo que no escuche a Gresson.

El aludido guiñó un ojo a Simon.

—Yo sólo menciono hechos —dijo Vosper—. Le aconsejó, Templar, que no sea elefante, porque cuando usted rebusque en su memoria, se reirán de usted. Y la gente, que debiera agradecerse, le llamará chistoso profesional.

Gresson se rió, moviendo su estómago rosado y redondo.

—¿Quiere nadar antes de almuerzo? —preguntó Lucy Wexall—. Floyd, muéstrele dónde puede cambiarse.

—Con mucho gusto —dijo Vosper.

Volvió a llenar cuidadosamente su vaso y guió a Simon hacia el interior de la casa, mostrándole un dormitorio. Allí se sentó en la cama y miró atentamente mientras Simon se desnudaba y se ponía su traje de baño.

—Debe ser agradable tener un lindo cuerpo —observó—. Claro que en su negocio, eso prácticamente equivale al capital, ¿verdad?

Los ojos azules de "El Santo" brillaron.

—La diferencia principal —dijo alegremente— es que si me arruino, no me rematarán.

Cuando cruzaban el living para volver a la playa, se encontraron con un hombrecito pequeño, de cara de pájaro, que vestía un traje obscuro incongruente junto al cuadro veraniego que se veía por la ventana. Tenía ojos sobresalientes tras lentes sin armadura, mejillas hundidas y la boca ancha y delgada, que pueden ser comunes a todos los abogados, banqueros y hombres de negocio, pero que sin duda se encuentran poco en otras profesiones. Lo seguía una hermosa morena, cuyo severo traje sastre no bastaba para ocultar una espléndida combinación de curvas y que llevaba una libreta de notas y un montón de papeles.

—Hola, Herbo —dijo Vosper—. Quiero presentarte a la última conquista de Lucy, Mr. Simon Templar, llamado "El Santo". Templar, éste es el dueño de casa, Wexall. Y ésta —siguió diciendo,

indicando a la morena— es Pauline Stone, el consuelo del agotado hombre de negocios. Lo que Lucy no tiene, lo tiene ella.

—¿Cómo está? —dijo la muchacha, estoicamente.

—Mucho gusto —dijo Wexall, extendiendo su mano—. ¿Va a nadar? —agregó—. Muy bien. Lo verá a la hora de almuerzo.

Siguió rápidamente su camino, y Vosper llevó a "El Santo" hasta la playa por una escalinata que partía desde la terraza. La casa dominaba una pequeña bahía en forma de media luna, cuyos extremos estaban custodiados por abruptas torres de roca de coral.

—Herbert es el ejemplo vivo de lo estúpido que puede ser un hombre de negocios triunfante en su especialidad. Era un simple empleado de la firma Blaise cuando logró enamorarse a la hipa del dueño, y desde ese momento fué bastante vivo para justificar su posición, obteniendo para la empresa ganancias muy superiores a las logradas jamás por el padre de Lucy. Sin embargo, es lo bastante tonto para creer que su mujer no se da cuenta de sus líos con esa secretaria y que no lo pondrá tarde o temprano en la calle... No. Yo no voy a nadar. Déjeme su vaso.

Simon nadó unos doscientos metros, después se volvió de espalda y flotó cómodamente sonriendo mientras pensaba en lo que había visto. Al salir la brisa había refrescado lo bastante para hacerle tiritar levemente, mientras el agua se evaporaba de su piel tostada.

Cruzó la arena y se dirigió al patio griego, donde Vosper había vuelto a colocarse junto al bar. Sirvientes silenciosos estaban instalando la mesa para el almuerzo. Janet Blaise y Reg Herrick habían trasladado su juego de rumby a una mesa situada justamente debajo de la columna en que Astron había reanudado sus meditaciones catalépticas. Los tres formaban un extraño conjunto, pero no parecían darse cuenta de ello.

Simon se sirvió un Martini y le llevó otro a Lucy Wexall, preguntándole mientras miraba al oriente.

—¿Dónde lo encontró?

—La gente que lo trajo a California me lo envió. Me atendieron tan bien cuando estuve allí, que no podía negarme a complacerlos. Está escribiendo un libro, y lógicamente no puede volver a su terrible país, cualquiera que sea, mientras no lo haya terminado con relativa comodidad.

Simon eludió discutir ese punto, pero dijo:

—¿Y qué tal es tener un profeta en la casa?

—Es muy interesante y tan drástico como Floyd, a su manera, en sus opiniones sobre la gente. Converse con él.

Gresson se acercó trayendo un plato de salmón ahumado y huevos rellenos:

—Cualquier persona que usted encuentre en casa de Lucy es interesante, Mr. Templar. Si no le molesta, le diré que usted es el más interesante de todos. ¿Quién iba a imaginar a "El Santo" buscando crímenes en las Bahamas?

—Espero que nadie crea que estoy buscando crímenes —repuso Simon—, como tampoco me imagino que usted esté buscando petróleo.

—En eso se equivoca —dijo Gresson—, en realidad lo estoy buscando.

"El Santo" alzó una ceja:

—Bueno, uno siempre aprende algo. Nunca había oído decir que existiera petróleo en las Bahamas.

—No me sorprende, pero ya lo oír, Mr. Templar, ya lo oír.

Gresson se sentó, apoyando su

estómago redondo sobre sus mus-
los.

—Piense un momento acerca de los sitios en que existe petróleo. Se los voy a mencionar en un orden determinado: México, Texas, Luisiana, y recientemente Florida. Podríamos agregar Venezuela en el Sur... ¿No le sugiere nada?

“El Santo” permaneció en silencio.

—Piense —siguió diciendo Gresson—. Un gran lago central de petróleo bajo el golfo de México, rodeado de pozos que bajan desde sus costas. Las islas del Caribe pueden ser el borde oriental de este pozo, ¿Por qué no?

—Es una teoría interesante —dijo “El Santo”, pensativamente.

—Así lo cree Mr. Wexall, y espero entrar en sociedad con él.

—Herbert puede darse ese lujo —dijo la voz metálica y burlesca de Floyd Vosper—, pero antes de decidirse a participar en esa sociedad, Templar, le sugiero que investigue en Nueva York acerca de la ocasión en que Gresson creyó que podría encontrar oro en las montañas Catskill.

—Cállate, Floyd —dijo Mrs. Wexall—, y tráeme otro Martini. Gresson rió con el vientre como un buda contento.

—¿Qué tipo! —dijo—. Indigna a todo el mundo. A mí me da risa.

Herbert Wexall apareció desde la terraza sonriendo alegremente. Para indicar que había terminado de trabajar por el día, se había puesto una camisa deportiva en que se veían diversos peces exóticos navegando entre algas marítimas; pero conservaba sus pantalones oscuros, sus zapatos correctos y su rostro de comerciante.

—Bien —dijo examinando la mesa—. Comamos mientras tenemos hambre.

Como si fuera una orden, Astron bajó desde su contemplación del infinito, se acercó a la mesa y comenzó a servirse queso y camarón. Simon siguió la misma dirección y encontró a Pauline Stone junto a él, que le dijo:

—¿Cómo se siente, Mr. Templar?

Su manera de indicar que había terminado el trabajo era más radical que la de su patrón. El traje de baño que se había puesto era del tipo francés, reducido a un mínimo. No había duda alguna de que ella lo llenaba opulentamente y su pregunta ampliaba la sugerencia del traje de baño en forma que “El Santo” prefirió no analizar en ese momento. La secretaria permaneció a su lado mientras “El Santo” llevaba su plato a una mesa lo más alejada posible de la de Floyd Vosper, en la que ya se había instalado solitariamente Astron. Rápidamente se le unieron Reg Herrick y Janet Blaise, pero ni siquiera ahí era posible escapar a la sarcástica lengua de Vosper. No pasaron muchos minutos sin que dijera en voz alta, dominando el zumbido de las conversaciones:

—¿Cuándo va a leer el futuro de “El Santo”, Astron? Eso debe ser interesante.

Hubo un breve silencio y en seguida todos volvieron a hablar. Pero Astron miró a “El Santo” con una sonrisa suave y le dijo tranquilamente:

—Usted busca la verdad, Mr. Templar, lo mismo que yo. Pero encuentra la mentira, y la destruye con una espada; yo sólo digo: “Esto es mentira y Dios lo destruirá”. No se aproxime mucho para no ser destruido con ella.

—Muy bien —dijo Herrick, también en voz baja—. Pero si usted se refiere a Vosper, ya va siendo hora de que alguien lo destruya.

—A veces —murmuró Astron—, Dios coloca su flecha en la mano

de un hombre.

Por un momento, que pareció demasiado largo, nadie dijo nada, y en seguida, antes de que el silencio se extendiera, “El Santo” dijo:

—A propósito de flechas, he oído decir que el deporte de moda es cazar tiburones con arco y flecha.

Herrick asintió con una sana sonrisa.

—Es muy divertido. ¿Quiere probarlo?

—Reggie es formidable —dijo Janet Blaise—. Tiene una puntería fantástica, pero usa un arco que nadie puede emplear más que él.

—Me gustaría probarlo —dijo “El Santo”. Y la conversación siguió inocentemente por la tangente que él había abierto.

Después de almuerzo, todos volvieron a la playa, excepto Astron, que se retiró a escribir sus meditaciones matinales. La languidez de la tarde dominó las conversaciones e hizo callar hasta a Vosper.

Mucho después Herrick se despertó con un grito y se lanzó al mar, seguido por Janet Blaise; los demás los siguieron, incluso “El Santo”. Hubo juegos acuáticos y después un partido de fútbol en la playa. Todo ello dio por resultado que la arena removida fuera a caer sobre Floyd Vosper, que estaba tratando de dormir bajo la gran sombrilla de playa. El misántropo se puso de pie y dijo furiosamente:

—Quizás sea mejor que me aleje de ustedes, perennes juveniles, antes de que me conviertan en una duna.

Partió a lo largo de la playa y se tendió unos cien metros más allá. Simón vio que estaba allí todavía, acostado boca abajo y al parecer dormido, cuando el partido de fútbol se convirtió en un juego de water polo, que los dejó a todos agotados, obligándolos a retirarse al patio. Esa fue la última vez en que vio vivo al impopular Mr. Vosper.

—Bien —dijo Gresson, secando su cuerpo corto y redondo—, por lo menos hay uno de nosotros lo bastante sensato para saber cuándo debe acostarse.

—Y que sabe elegir al único compañero dispuesto a acompañarlo en su sueño —agregó Pauline.

Herbert Wexall miró en la dirección a que ambos se referían. Después dirigió su vista al reloj impermeable que llevaba.

—Es la hora del cóctel —dijo—. ¿Quién quiere uno?

—Va a levantarse un viento terrible. Entremos y vistámonos primero. Aquí quedaremos listos para la noche. Imagino que usted se quedará a cenar, Mr. Templar.

—No pensaba pasar el día aquí —protestó Simon; pero todos insistieron en que se quedara.

Volvió solo hasta la habitación en que había dejado su ropa, se dio una ducha y se vistió. Al volver al living le pareció haberse perdido en una casa extraña y vacía, porque todos los individuos que tan vigorosamente le habían llenado un momento antes habían desaparecido en sus respectivas habitaciones. Encendió un cigarrillo y salió a la terraza, desde la cual se veía el mar. El silencio era tan completo que no pudo evitar andar en puntillas. Sin embargo, en la playa las palmeras se inclinaban ante el viento y había encajes blancos sobre el azul de las olas.

Lo primero que notó fue que la gran sombrilla de playa no estaba en el sitio en que la habían dejado, sino unos cien metros más hacia la izquierda, en el mismo lugar en que Floyd Vosper se encontraba tendido. Se le ocurrió que Vosper mismo debía

haberla trasladado, aunque no era necesaria la sombra en el atardecer obscuro. Después notó que Vosper yacía boca arriba y, finalmente, al irse acostumbrando a la penumbra, vio con emoción que el mango de la sombrilla estaba enterrado en el costado izquierdo del pecho obscuro de Vosper; no en la arena junto a él, sino como un gigantesco alfiler clavado sobre un insecto extraño y poco elegante o, para usar una frase fantástica que no pertenecía a Simon, como la flecha de Dios.

El Mayor Rupert Fanshine, inspector jefe de policía, lo que le asignaba el tercer puesto del escalafón policial, después del Comisionado y del Subcomisionado, dió expresión viva a la importancia del caso, encargándose personalmente de él. Era un hombre delgado, bajo, rubio y rosado; de grandes ojos azules y con una voz tan discretamente modulada, que obligaba a prestar gran atención para entenderla. Se sentó ante una mesa del living con un sargento nativo junto a él, y ello bastó para convertir en una seria oficina toda la pieza en que siete adultos que habían pasado la tarde se movían inquietos, como escolares culpables de haber dibujado una caricatura calumniosa de su maestro en el pizarrón.

El Mayor dijo con una concisión enteramente impersonal:

—Todos ustedes saben que Mr. Vosper fué hallado en la playa con el mango de acero de una sombrilla encajado en el pecho. Tengo el deber de averiguar cómo sucedió. La topografía de la casa sugiere que el asesino salió o pasó por aquí. He oído todas las declaraciones de ustedes, y de ellas se deduce que cada uno estaba preocupándose de sus propios asuntos en el momento en que el crimen pudo suceder.

—Yo —dijo Herbert Wexall— estaba en mi escritorio leyendo y firmando las cartas que dicté por la mañana.

—Yo estaba vistiéndome —dijo su esposa.

—Yo también —dijo Janet Blaise.

—Yo estaba en la ducha —dijo Reginald Herrick.

—Yo estaba bañándome —dijo Pauline Stone.

—Yo estaba aún trabajando —dijo Astron—. Esta mañana comencé un nuevo capítulo de mi libro. Mentalmente, claro está. Yo no escribo solamente sobre el papel. Me resulta necesario meditar, sentir, abrir las compuertas de mi mente, para poder recibir la sabiduría que viene desde lejos.

—Cómo no —el mayor Fanshine asintió cortésmente—. Pero lo importante es que ninguno de ustedes tiene coartada, para el caso de que llegue a necesitarla. Cada uno estaba solo en su pieza. Mr. Templar estaba cambiándose de ropa en la habitación del difunto Mr. Vosper.

—Yo no estaba aquí —interrumpió Arthur Gresson—. Estoy alojado en el Hotel Montagu Beach y quería una camisa limpia. Volví al hotel para cambiarme, y cuando regresé, ya había sucedido...

—La diferencia no es mucha —dijo el mayor Fanshine—. El doctor Rassin me ha dicho que no podemos fijar la hora de la muerte, más que dentro de un plazo de una o dos horas. De modo que tenemos que pasar a estudiar el posible motivo. ¿Hay aquí alguien —dijo inocentemente— que haya tenido algún conflicto serio con Mr. Vosper?

Hubo un silencio incómodo, que rompió “El Santo” al decir:

—Yo no pertenezco al grupo, así que voy a contestar en nombre de todos.

El policía fijó en él sus ojos.

—Muy bien, señor. Diga...

—Mi respuesta es... todos.

Hubo otro silencio, pero este fué distinto. Parecía, sorpresivamente, como si todos se sintieran aliviados después de la tensión anterior. Y, sin embargo, el alivio era tan incómodo como la tensión anterior. Sólo “El Santo”, que mantenía la actitud del espectador completamente desinteresado, y el mayor Fanshine, cuya paciente deferencia era irremediablemente correcta, parecían inmunes al ambiente.

—¿Podría usted ampliar esa declaración? —preguntó Fanshine.

—Sin duda —dijo “El Santo”. Mañana no estaré aquí. Puedo decir lo que quiera, y no me importa que nadie se moleste. Dejo constancia de que, en mi opinión, el difunto Mr. Vosper era uno de los individuos más desagradables que he conocido. Declaro que se especializaba en molestar a todo el mundo. Lo hacía recordando pequeños detalles que él sabía o creía saber. No culpaba a ninguno de los presentes por haber deseado, por lo menos en teoría, darle muerte.

—No me interesa particularmente su doctrina sobre la culpabilidad —dijo Fanshine—. Pero si puede citar algún hecho concreto, me gustaría oírlo.

—No conozco ningún hecho —dijo “El Santo”, friamente—. Sólo sé que, en las pocas horas que yo llevo aquí, Vosper me dijo cosas acerca de todos los demás que habrían provocado fácilmente un escándalo.

—Me temo que va a tener usted que ser más específico —dijo Fanshine.

—Muy bien —dijo “El Santo”. Pido disculpas de antemano a quien pueda sentirse aludido. Recuerden que me limitaré a repetir las cosas que decía Vosper y que, en mi opinión, justifican su muerte... Seré específico. Delante de mí, Vosper dijo que Herrick era un atleta estúpido que trataba de casarse con Janet Blaise por su dinero. Sugirió que Janet era una jovencita ingenua al tomarlo en serio. Calificó a Astron de charlatán comercializado. Insinuó que Lucy Wexall era tonta y snob. Que su marido se interesaba más en el sex-appeal de su secretaria que en su taquigrafía, y que Pauline aceptaba ese interés. Y calificó a Gresson de pillo.

—¿Y no dijo nada sobre usted? —preguntó Fanshine con un tono inofensivo, que sólo podía ser creído oyéndolo.

—Por cierto que sí —dijo “El Santo”. Me analizó y dijo que yo era un falsario fatuo.

—¿Y usted no se sintió molestado?

—Difícilmente podía hacerlo —repuso “El Santo”— después de haberle contestado que él era más falso aún.

Fanshine se tomó el labio superior con dos dedos, y lo apretó pensativamente.

—Imagino —dijo— que ustedes encuentran esto tan aburrido como yo, pero me pagan por hacerlo. Debo señalar que todos ustedes tuvieron oportunidad de matar a Vosper y, según Mr. Templar, todos tenían motivo para hacerlo. Bien, queda por analizar lo que podría llamarse la posibilidad física.

Simon Templar encendió un cigarrillo. Ese fué el único movimiento hecho en el salón. Fanshine prosiguió:

—Me dice el doctor Rassin, y estoy de acuerdo con él, que para clavar esa sombrilla en el pecho de un hombre hace falta una fuerza excepcional. Parece que no podría haberlo hecho ninguna mu-

235
jer y tampoco ningún hombre co-
rriente.

Sus ojos pálidos y brillantes se
detuvieron en Herrick. Los de-
más siguieron su mirada.

"El Santo" imaginó el cua-
dro. El joven gigante, de pie so-
bre el cuerpo tendido de Vosper,
con la sombrilla en alto, como
una lanza fantástica, y el sol po-
niente reflejado en su cabellera
roja, como un ángel vengador. De
pronto, mientras Herrick enrojecía
bajo tantas miradas, Janet
Blaise gritó:

—¡No! ¡No! No pudo haber si-
do Reggie.

Fanshire la miró con curiosidad
y la muchacha prosiguió, tartamu-
deando:

—Hicimos mal, pero no dijimos
antes la verdad. Acerca de dón-
de estábamos, quiero decir. La
verdad es que Reggie estuvo en
mi pieza. Estábamos... conversa-
ndo.

El policía se aclaró la gargan-
ta y siguió mirándola impasible.
No hizo ningún comentario. Pero,
finalmente, se volvió hacia "El
Santo", mirándolo con la misma
frialdad con que había contempla-
do antes a Herrick.

Simón dijo fríamente:

—Sí. Estaba preguntándome yo
mismo si no habría podido hacer-
lo. Y se me ocurrió algo intere-
sante.

—¿Sí, Mr. Templar?

—Sin duda que hace falta mu-
cha fuerza para atravesar el pe-
cho de un hombre de un solo golpe.
Pero recordemos que no se
trataba de una lanza, sino de una
enorme sombrilla. ¿Qué cree usted
que sucedería si alguien trata-
ra de emplearla como puñal?

—¿Qué ocurriría?

—La sombrilla haría las veces
de paracaídas. Sería como un
ancla de viento, que retendría el
mango. La resistencia del aire se-
ría tan grande que me pregunto
si alguien, por fuerte que sea, po-
dría dar fuerza al golpe. Y mien-
tras mayor fuera la fuerza, más
probable es que el golpe resulta-
ra imposible.

Fanshire quedó en silencio, pen-
sando en lo que había dicho "El
Santo".

—Hay algo de cierto en eso —
reconoció—, pero nosotros sabe-
mos que fué así. De modo que
tiene que haber sido posible.

—Hay algo malo en su lógica,
mayor, —insistió "El Santo"—.
Mejor sería dar vuelta al argumen-
to. Si no era posible, no pudo
ser hecho.

—Eso es ridículo —exclamó
Fanshire, perdiendo la paciencia.
— Hemos visto...

—Hemos visto a un hombre con
el mango de una sombrilla clavado
en el pecho. Imaginamos que al-
guien se lo había enterrado, como
una espada. Y es posible que
eso sea, precisamente, lo que el
asesino quiso que pensáramos.

En ese punto fué Arthur Gres-
son quien rompió el frágil silen-
cio, saltando de su asiento, como
una pelota.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

—¿Qué cosa? —preguntó Fans-
hire.

—Escuchen —siguió Gresson—.
Yo sabía que había algo en este
caso que me recordaba otro simi-
lar. Ahora lo recuerdo. Es algo
que oí en el hotel hace unos días,
y que ustedes deben haber oído
también. Sucedió hace un año,
cuando Gregory Peck estaba de
vacaciones aquí. Una tarde estaba
tendido en la playa, cuando el
viento, fuerte como el de hoy, le-
vantó una de esas grandes som-
brillas de playa y la lanzó con-
tra él. La punta aguzada rozó sus
costillas y le causó una herida le-
ve. Los que vieron el accidente
dijeron que, si hubiera caído unas

pulgadas más a la izquierda, el ac-
tor habría sido atravesado, murien-
do en forma sensacional. ¿No lo
recuerda, mayor?

—Ahora que usted lo dice, me
parece que sí —dijo Fanshire, len-
tamente.

—Pues bien —agregó Gresson—,
¿no pudo haber sucedido esta
tarde lo mismo, con peor suerte
para Vosper que para Gregory
Peck?

Hubo otro silencio electrizado,
mientras los presentes asimilaban
la explicación, y fué Lucy Wexall
quien lo rompió, diciendo:

—Sí, lo recuerdo.

Gresson extendió los brazos,
mientras todo su rostro expresa-
ba la excitación que sentía.

—Tiene que haber sido así. Re-
cuerden que Vosper estaba tendi-
do bajo la sombrilla mientras nos
otros jugábamos al fútbol y que
se enojó porque le tirábamos arena,
y se fué al otro extremo de la
playa. Pero no se llevó la som-
brilla. Fué el viento el que la
trasladó, después que nosotros
fuimos a cambiarnos de ropa. Y
esta vez no falló el golpe.

Astron se puso en pie. Pero
a diferencia de Gresson, no como
una pelota que salta, sino como
un gran árbol que crece y abre
sus ramas.

—Escuché muchas palabras —
dijo—, pero sólo ahora me pare-
ce oír la verdad. No fué un hom-
bre quien mató al blasfemo. Fué
la flecha de Dios, que lo abatió
en su orgullo y maldad, como es-
taba escrito en las estrellas.

—Tiene razón —agregó Gres-
son—. Bien se lo merecía.

—"El Santo" volvió a aspirar
el humo de su cigarrillo, con los
ojos entrecerrados. Tras los párpados
estaba viendo la enorme
s sombrilla arrastrada por los in-
visibles dedos del viento a lo largo
de la playa en penumbra, con su
gran lona multicolor haciendo las
veces de vela, convertida en una
flecha extraterrena de fuerza so-
brehumana. Una solución fantásti-
ca, imposible de imaginar, pero
que no tenía que ser imaginada,
porque ya había sucedido anterior-
mente.

Fanshire exclamó:

—¡Esa es la mejor idea que he
escuchado aquí! Claro que sin los
factores religiosos que ustedes
quieren darle. Parece que podría
ser la respuesta al problema.

Simon abrió los ojos para mirar
lo casi con lástima. Después, los
cerró de nuevo, mientras la solu-
ción completa y exacta surgía en
su mente como una larga ola tran-
quila.

—Quiero hacer una pregunta
—dijo.

—¿Cuál —preguntó Fanshire,
con irritación, como si le mole-
stara que alguien discutiera una so-
lución tan cómoda, que lo liberaba
de tener que detener a nadie.

—¿Hay alguien aquí que posea
una pistola? —preguntó "El San-
to".

Hubo un rumor de extrañeza, y
Fanshire inquirió:

—En verdad, Mr. Templar, no
comprendo qué está usted pensa-
ndo.

—Sólo pregunté si alguien de
los presentes posee una pistola.
Quisiera conocer la respuesta an-
tes de explicar mi pregunta.

—Yo tengo un revólver —dijo
Wexall, con gesto de perplejidad—.
¿Qué hay con eso?

—¿Podría verlo, por favor? —
dijo "El Santo".

—Voy a buscarlo —declaró Pau-
line Stone, levantándose de su
asiento.

—Usted sabe que yo tengo un
revólver, Fanshire —siguió dicen-
do Wexall—. Usted me dió el per-
miso para usarlo. Pero no com-
prendo...

—Yo tampoco —dijo Fanshire.
"El Santo" no dijo nada. Si-
guió fumando en silencio hasta
que regresó la secretaria. Enton-
ces apagó el cigarrillo y extendió
la mano.

Pauline miró a Wexall, dudó, y
miró a Fanshire. El policía asin-
tió a medias. Simón tomó el re-
vólver y lo abrió.

—Un Colt Especial de calibre 38
—dijo—. Descargado. Pero que
ha sido usado recientemente —
agregó, oliendo el cañón.

Entregó el arma a Fanshire.

—Yo misma lo usé esta maña-
na —dijo Lucy Wexall—. Janet,
Reg y yo estuvimos disparando es-
ta mañana contra las gaviotas.

—Yo los oí cuando llegué a la
casa —dijo Gresson—. Pensé que
había estallado la próxima guerra.

—Todo esto es muy interesan-
te —interrumpió Fanshire, con un
gesto de exasperación—. Pero no
veo qué tiene que hacer con nues-
tro problema. Nadie ha sido ase-
sinado a tiros.

—Mayor Fanshire —dijo "El
Santo" tranquilamente—. ¿Puedo
hablar con usted a solas? ¿Y
quiere hacerme el favor de con-
servar el revólver en su poder pa-
ra que, por lo menos, no haya
más disparos?

El policía lo miró unos segun-
dos, y después, de mala gana, se
puso en pie.

—Muy bien, Mr. Templar. —
Colocó el arma en el bolsillo de
su arrugada chaqueta blanca y se
volvió hacia su inmóvil ayudan-
te—. Sargento, ¿quiere preocupar
se de que nadie abandone esta pie-
za?

Siguió a Simón hasta la terra-
za, y allí le dijo perentoriamente:
—Vamos, explíqueme qué signifi-
ca todo esto.

"El Santo" contuvo una sonri-
sa. Tomó el brazo del policía y lo
llevó hasta la escalinata que daba
a la playa.

—¿Hay alguien —preguntó—
vigilando el cadáver?

—Claro. Pero la arena es de-
masiado blanda para retener pi-
sadas.

—¿Vamos hacia allá?

Fanshire exhaló un suspiro y
partió junto a él. Su cortesía era
constante, aunque reticente. Le
habían enseñado, desde la adoles-
cencia a soportar cualquier cosa,
incluso el aburrimiento. En aras
de la justicia estaba dispuesto a
resistir hasta el último bostezo.

—No me explico lo que trata
usted de demostrar, pero, ¿por
qué no pudo haber sido un acciden-
te?

—Nunca he oído una teoría me-
jor —convino "El Santo"—. Pero
existe una falla insuperable.

—¿Cuál?

—Que el viento no sopla ha-
cia allá.

Fanshire no contestó nada. El
sitio en que Vosper había muerto
estaba rodeado por rayas traza-
das por la policía y custodiado por
un subordinado de Fanshire.
Unas manchas oscuras indicaban
dónde la sangre había goteado.

—¿Puedo revolver un poco el
sitio del crimen? —preguntó "El
Santo".

—No veo motivo para prohibir-
selo —contestó Fanshire.

Simón se arrodilló y comenzó a
escarbar con las manos alrededor
de las manchas de sangre. Unos
minutos después se puso en pie y
extendió a Fanshire un trozo de
metal retorcido.

—Una bala de calibre 38 —di-
jo Fanshire, silbando suavemente.

—Creo que podrá demostrar que
fué disparada por la pistola que
está guardada en su bolsillo —di-
jo "El Santo"—. También me pa-

rece útil que saque un saco de sa-
na de este sitio. Creo que un an-
álisis en el laboratorio demostrará
que hay en ella fragmentos de
carne humana.

—Le ruego que me explique te-
do esto —dijo Fanshire, humilde-
mente.

"El Santo" se limpió las manos
y encendió un cigarrillo.

—Vosper estaba tendido boca
abajo cuando lo vi por última vez
—dijo—. Me pareció que estaba
durmiendo la borrachera. Con el
ruido de las olas y el viento fué
fácil para el asesino acercarse a
él sin despertarlo y matarlo con
un tiro por la espalda. Pero el
criminal no quería que la policía
buscara pistolas y comparara las-
las. La sombrilla fué una inspira-
ción. No tengo que recordarle que
el orificio de salida es siempre me-
yor que el de entrada. Dando vue-
ta al cadáver, el asesino encontró
un hueco en el cual era relativa-
mente fácil introducir el mango
de la sombrilla, borrando así la
herida original y sembrando la
confusión.

—Volvamos a la casa —dijo el
policia, abruptamente.

Mientras andaban, Fanshire di-
jo:

—Va a ser una sensación extra-
ña, la de detener a Herbert We-
xall.

—¡Dios mío! —exclamó "El San-
to", con asombro—. ¿Usted no
piensa hacer eso?

Fanshire se detuvo y lo miró
con extrañeza.

—¿Por qué no?

—Wexall no habló como culpa-
ble cuando reconoció ser dueño de
un revólver. Sólo pareció extra-
ñado. Lo mismo que usted cuan-
do se lo pedí. Y no fué él quien
explicó por qué olía pólvora.

—Pero si alguien utilizó el re-
vólver de Wexall, ¿por qué se es-
forzó tanto por fingir que Vosper
había muerto en otro forma? Lo
lógico era dejar que sospechá-
ramos de él.

—No, porque se trata de al-
guien que no podía permitir que
Wexall fuera detenido —dijo "El
Santo"—, porque Wexall es la
gallina que pone los huevos de
oro.

El policia sacó un pañuelo para
secarse la frente.

—¡Dios santo! —exclamó—.
¿Quiere usted decir que Lucy...?

—Me parece que tenemos que
volver a estudiar lo relativo al
motivo —dijo "El Santo"—.
Floyd Vosper era un tipo desagra-
dable que hablaba mal de todos.
Pero sus acusaciones eran espe-
cialmente molestas, porque esta-
ban basadas en la verdad. A pe-
sar de ello, son muy pocas las
personas dispuestas a cometer un
asesinato por un insulto. Vosper
nos llamó falsarios, tontos y tram-
posos. Pero como nos insultaba a
todos por igual, podíamos reírnos
de él. Hubo una sola acusación
imponderable... Volvamos a reu-
nirnos ahora con los demás.

—Es mejor que usted mismo dé
cuenta de lo que hemos descu-
bierto —murmuró Fanshire.

Volvieron a entrar al salón, su-
biendo la escalinata de la terraza.
Todos los ojos se volvieron a ellos,
en medio de un silencio mortal.

—Una prueba de parafina de-
mostrará quienes utilizaron ese re-
vólver, fuera de quienes han re-
conocido ya haberlo hecho —dijo
"El Santo", como si no hubiera
existido ninguna interrupción—.
Y espero que todos recuerden
quién fué el que proporcionó esa
útil teoría de la Flecha de Dios.

—¡Astron! —exclamó Fanshire.

—No, no... —dijo "El Santo",
con gesto de cansancio—. Astron di-
jo solamente q', a veces, Dios coloca
su flecha en manos de un hombre.
Y me parece que un cable a Nue-

Estampas Poemáticas

Por Jorge Carrera Andrade

INGLATERRA...

Las piedras grises tienen un color de eternidad, entre el verde cés ped de los parques o junto al agua lagrimosa del Támesis. Los pórticos, los palacios y los albergues seculares ilustran con su alta y señorial presencia — como ornamentales estampas en blanco y negro — el libro vetusto y pétreo de Londres: Somerset House, Palacio de Saint-James, Westminster, Palacio de Buckingham, Palacio de Kensington... La piedra encanece, recuerda y llora sus lágrimas de moño, en callada elegía a las edades muertas.

Las almenas de la Torre de Londres hospedan algunos pájaros acuáticos que parecen imitar con sus gritos de niebla los lamentos de los prisioneros de otro tiempo: Waltos Raleigh — señor de navios, explorador de las costas americanas, narrador de una extraña historia del mundo —; Carlos de Orleans, el poeta y desterrado eterno; las tres jóvenes reinas de "ocho días", que fueron de capitadas por orden de su augusto esposo, genio y figura de Falstaff dentro de sus pomposas vestiduras de oro y brocado... Ahora, en la siniestra Torre se hallan únicamente — Prisioneros de luz — las joyas de la Corona de Inglaterra: el inmenso zafiro de Eduard el Confesor, el fabuloso rubí que llevaba en su casco el Príncipe Negro, la diadema sacramental del rey Eduardo y otros tesoros increíbles, fulgurantes en sus celdas de cristal.

Mas, la niebla que anda sacudiendo sus sábanas verdosas alrededor de los torreones y que se ensancha en el aire como un moño de vejez, desprendido de las murallas de piedra de los castillos fantasmales, se solidifica, al llegar a la grama, en blancos y gordos ovillos ambulantes: las ovejas de Hyde Park, de Green Park, de Kensington Park... Las innumerables ovejas de todos los parques ingleses, rizadas ovejas limpias, educadas y obedientes, que saben distinguir entre el césped de adorno y el pasto de comer y que no se acercan nunca a los bancos ni a las flores. Inseparables ovejas, juntas siempre, como una civilizadora legión agropecuaria o como una nube de bonanza que atraviesa los barrios residenciales de Londres, dando a los ciudadanos británicos la visión anticipada de la mesa bien servida con la costilla succulenta.

La oveja está ligada indisolublemente a la historia de Inglaterra. En realidad, es uno de los instrumentos de la política imperial. Ese modesto cuadrúpedo posee las dos cosas más indispensables para el hombre: alimento y vestido. La carne y la lana son las dos cifras mayores de la riqueza británica. Así, la oveja es la humilde constructora del poderío económico de Australia — hija de Albión — y de otras vastas regiones de la Comunidad Británica. La oveja es la verdadera madre y nodriza de las Colonias.

¡Ovejas de Chaucer, dramáticas ovejas de Shakespeare, ovejas dolientes de Shelley! Ovejas de Westminster, peinadas, solemnes y parlamentarias. Las pelucas rizadas como piel de oveja han desempeñado un papel decisivo en la marcha del Imperio Británico: ¡Oh, Sir Walpole, oh Sir William Pitt! El rebaño ramonea pausadamente las hierbecillas que crecen entre las piedras seculares, realizándose de ese modo la alianza de la oveja con el castillo. O sea, del poder civil y militar — que simboliza este último — con el poder económico. La alianza de la espada con la lana... Los baldos tiernos le dan al corazón de Londres una palpación bucólica y los centenares de menudas patas dejan en el suelo las huellas de una extraña escritura indecifrable, mientras los castillos — altos pastores fantasmales — exhalan un vaho de siglos.

LA CANCIÓN DE LOS CEREZOS

A lo largo de los senderos, sobre los bancos de los parques, en todas las rutas que van al interior del Japón, en la secreta intimidad de las islas, los cerezos alinean sus ejércitos blancos, sus muchedumbres florales que el más ligero soplo de viento despoja de su carga liviana y la dispersa en copos de nieve fragante o en remolinos de extrañas alas de mariposa, que caen en círculos concéntricos, prisioneras melancólicas de la gravedad.

Los cerezos cantan, en palabras de blancura, formadas con las sílabas aromadas y minúscula de sus florecillas; cantan la dulzura del existir y la brevedad de la vida. Sólo dos semanas dura la canción de los cerezos floridos, cuyas vaporosas estrofas de seda hacen estremeecer el aire y llenan de suspiros los corazones y los estanques.

"Nacimos a fines de marzo y comienzo de abril — dicen las flores de cerezo — y muy pronto nos multiplicaremos sobre los campos como las arenas en el mar y los luceros en el cielo. Somos ligeras como las plumas de las más níveas aves y nos posamos en el suelo como nubes que hacen — en su viaje — una breve escala terrestre. Nuestra presencia entre los hombres es como una visita celestial y anunciamos la estación del amor. Mas, nuestro paso es efímero y, al final, caen nuestros pétalos como pequeños corazones muertos".

¡Cerezos de Miyánóshita, como un inmenso mar de espumas; ¡tus tres cerezos de Kyoto que acarician con su nieve rosada los palacios imperiales y que van a ornamentar los kimonos de primavera; cerezos de las montañas de Yamato, de cuya flor dijo el poeta que "era la primera entre las flores, como el guerrero es el pri-

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MOKA

Dibujos de Noé Solano V.



LOS congresos de pocas pasadas tenían por costumbre enfrentarse a los gobernantes. Los diputados de la oposición formaban el grupo de mayoría y eran los que aprobaban o rechazaban los proyectos del Poder Ejecutivo.

En una oportunidad, el Licenciado don Leonidas Pacheco Cabezas, de grata recordación para los costarricenses; figura de relieve del Foro nacional, hombre de principios y con una moral muy elevada, desempeñaba el delicado cargo de Ministro de Relaciones Exteriores. Su hijo mayor Gustavo Pacheco Licop, se encontraba gravemente enfermo. Cuando don Leonidas llegó a la botica a que le prepararan la receta salvadora de la vida de su hijo, uno de sus íntimos amigos le comunica que en la sesión del Congreso Constitucional estaban atacándolo.

Sin pensarlo mucho, el Licenciado Pacheco Cabezas se dirige a las oficinas de la Secretaría del Congreso y pide al Ujier Teodulo Castro que avise su presencia a los secretarios y les ruegue introducirlo al recinto de la Cámara para defenderse de los ataques.

El brillante orador comienza su defensa, pero lo que más llamó poderosamente la atención del público que ese día llenaba las barras del Congreso, fueron las siguientes palabras:

— "Señores diputados: En mi hogar está agonizando uno de mis hijos, pero aquí, en este recinto sagrado están asesinando mi honor, que es el honor de toda mi familia. AQUÍ ESTOY PARA DEFENDERLO..."

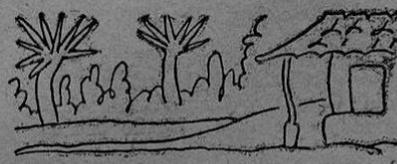
(Don Leonidas, después de su discurso fué objeto de una sincera demostración de aprecio y de simpatía tanto de diputados como del público asistente a esa memorable sesión).

mero entre los hombres"; cándidos cerezos que parecen arrodillarse con sus vestidos albos ante el templo budista de Asakusa; místicos y amantes cerezos que cubren con su manto floral lo mismo las tumbas que los bancos de las citas, en los parques de Ueno y Shiba; cerezos que se alumbran como candelabros de perfume en el crepúsculo!... La flor de cerezo, émula de la rosa occidental, es un símbolo de perfección y una imagen de la vida humana para el hombre del Extremo Oriente.

La canción de los cerezos no sólo es un himno al amor, una invitación a gozar del momento que se escapa, sino que constituye también una evocación de los grandes instantes del arte japonés, en la pintura, en la cerámica, en la poesía, en la cultura. Los cerezos invaden los grabados de Maronobu, los cuadros de Utamaro y de Hokusai, los objetos de porcelana de

todas las calidades, los poemas escritos por el pueblo, las lacas espejeantes en que el oro chispea sobre un fondo negro como la noche o rojo como la sangre.

Los cerezos cantan una vez por año su gran canción de albuza, en la que las letras son las flores y donde los acentos y puntos suspensivos los pone en abundancia el rocío. Izan los cerezos floridos, sobre todo el Japón, sus olorosas banderas blancas, en señal de sumisión a la primavera y a la vida, breves como un sueño, y de rendición a la belleza universal que clarinea — en los metales del sol — su victoria efímera.



HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO

Por RAFAEL OBREGON LORIA

PARA el período 1936 a 1940 fué electo Presidente de la República el licenciado León Cortés Castro, quien inició su gobierno el 8 de mayo de 1936.

Designados a la Presidencia en el gobierno del licenciado León Cortés

Como designados a la Presidencia de la República fueron nombrados para este período los siguientes ciudadanos: doctor Carlos Pupo Solórzano, Primer Designado; don Jorge Hine Saborio, Segundo Designado; y doctor Rafael Angel Calderón Guardia, Tercer Designado.

Secretarios de Estado en el gobierno del licenciado Cortés

Licenciado Manuel Francisco Jiménez Ortiz: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto, hasta el 29 de mayo de 1937 en que renunció. Desde el 27 de febrero anterior tenía como recargo las Carteras de Gobernación, Policía, Trabajo y Previsión Social, por ausencia del titular licenciado Fernández.

Lic. Luis Fernández Rodríguez Gobernación, Policía, Trabajo y Previsión Social. Firmó además todos los acuerdos y disposiciones de la Secretaría de Seguridad Pública. Del 24 de octubre de 1936 al 4 de enero de 1937 (sustituyendo al licenciado Jiménez Ortiz), y del 25 de noviembre de 1938 al 7 de febrero de 1939, y del 21 de setiembre al 9 de octubre de 1939 (sustituyendo al licenciado Zúñiga Montúfar), tuvo a su cargo las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto. Del 16 de diciembre de 1937 al 3 de febrero de 1938 (sustituyendo al señor Gutiérrez Ross) tuvo como recargo las Carteras de Hacienda y Comercio. Del 7 de julio al 24 de agosto de 1938 (sustituyendo al licenciado Alejandro Aguilar Machado) tuvo como recargo la Cartera de Educación Pública.

Licenciado Raúl Gurdíán Rojas: Hacienda y Comercio hasta el 10 de agosto de 1937 en que renunció.

Ingeniero Ricardo Pacheco Lara: Fomento y Agricultura. Del 12 al 28 de noviembre de 1936, y del 30 de agosto al 19 de setiembre de 1938, tuvo a su cargo las Carteras de Salubridad Pública y Protección Social sustituyendo al titular doctor Peña Chavarría.

Profesor Luis Dobles Segreda: Educación Pública, hasta el 22 de junio de 1936 en que renunció.

Doctor Antonio Peña Chavarría: Salubridad Pública y Protección Social, hasta el 15 de marzo de 1939 en que renunció.

Licenciado Alejandro Aguilar Machado: Educación Pública, desde el 22 de junio de 1936.

Licenciado Tobías Zúñiga Montúfar: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto desde el 29 de mayo de 1937. Desde esa fe-

cha hasta el 14 de junio de 1937 tuvo como recargo las Carteras de Gobernación, Policía, Trabajo y Previsión Social, por ausencia del titular señor Fernández.

Don Francisco de Paula Gutiérrez Ross: Hacienda y Comercio, del 10 de agosto de 1937 al 21 de junio de 1939 en que renunció.

Doctor Alfonso Acosta Guzmán: Salubridad Pública y Protección Social, desde el 15 de marzo de 1939.

Licenciado Everardo Gómez Rojas: Hacienda y Comercio del 21 de junio de 1939.

Licenciado LEON CORTES CASTRO



PADRES: Roberto Cortés Cortés y Fidelina Castro Ruiz.

NACIO en Alajuela el 8 de diciembre de 1882.

CASO con Julia Fernández Rodríguez el 28 de setiembre de 1906.

Maestro de escuela. Inspector de Escuelas de 1905 a 1910. Director de los Archivos Nacionales (1911 a 1914). Se graduó de licenciado en leyes el 9 de agosto de 1916. Durante el gobierno de los hermanos Tinoco sirvió el cargo de Encargado de Negocios en la República de Guatemala (del 16 de mayo de 1917 al 2 de setiembre de 1918). Juez del Crimen de Cartago (1921). Comandante de Plaza y luego Gobernador de la Provincia de Alajuela. Presidente Municipal de Alajuela. Diputado al Congreso en varias oportunidades y Presidente de ese Cuerpo en 1925. En la segunda administración de don Cleto González Víquez fué Secretario de Educación Pública, cambiando luego esa Cartera por la de Fomento.

Este último cargo lo desempeñó también en la tercera administración de don Ricardo Jiménez, siendo al mismo tiempo administrador del Ferrocarril al Pacífico. De 1932 a 1936 fué Tercer Designado a la Presidencia de la República. En sus últimos años militó en la oposición política.

MURIO en Santa Ana el 3 de marzo de 1946.

Doctor CARLOS PUPO SOLORZANO

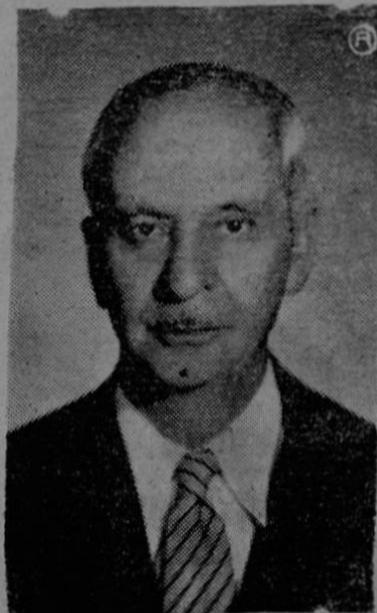


Primer Designado a la Presidencia de la República en el gobierno del licenciado León Cortés.

NACIO en Heredia el 4 de noviembre de 1872.

En 1891 se graduó de maestro normal y sirvió en el magisterio hasta 1894 en que obtuvo una beca para hacer estudios de medicina en Europa. Se graduó de médico y cirujano en Ginebra en 1898 y fué nombrado asistente del Laboratorio Bacteriológico de esa ciudad, visitando luego los Hospitales y Laboratorios de varias ciudades de Francia, Suiza e Italia. A su regreso al país sirvió cátedras en la Escuela de Farmacia por espacio de veinte años. En 1908 fué nombrado Superintendente del Hospital San Juan de Dios, y en esa institución fundó el primer Laboratorio de Análisis Clínicos. Más tarde fundó un Laboratorio Nacional de Bacteriología donde se hacían gratuitamente los exámenes, y el cual funcionó por cuatro años hasta que fué absorbido por el Departamento creado en Costa Rica por la Institución Rockefeller. El doctor Pupo fué además Presidente de la Facultad de Medicina de Costa Rica, Médico Director del Banco Nacional de Seguros, y Jefe del Departamento de Cirugía General del Hospital San Juan de Dios. Fué también diputado al Congreso Constitucional. Publicó varios importantes trabajos relacionados todos con su profesión.

MURIO en San José.



Segundo Designado a la Presidencia de la República en el gobierno del licenciado León Cortés

PADRES: Luis Hine Ramírez y Enriqueta Saborio Iglesias.

NACIO en San José el 6 de octubre de 1878.

CASO con Anita García. Importante hombre del mundo de nuestras finanzas. Gerente del Banco de Costa Rica. Diputado al Congreso Constitucional. Formó parte de la misión especial acreditada ante el gobierno de la República de México para asistir a las fiestas del Centenario de la Independencia de aquel país. En el gobierno del doctor Rafael Angel Calderón Guardia fué también Designado a la Presidencia, y ejerció el Poder por varios días.

VIVE en San José.

Doctor RAFAEL ANGEL CALDERON GUARDIA



(sus datos personales serán consignados más adelante)

Tercer Designado a la Presidencia de la República en el gobierno del licenciado León Cortés.

Licenciado MANUEL FRANCISCO JIMENEZ ORTIZ



(sus datos personales ya fueron consignados).

Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto en el gobierno del licenciado Cortés, hasta el 29 de mayo de 1937 en que renunció.

"Cuando veo en los periódicos o mi retrato, siento un fastidio. Descorrá el 99 y 99 centésimos por ciento de la presidencia rompió la escandalosa locura de mi parte prestarme a nuevas las alturas. A veces recibo las agradezco muy de veras; pero no contestarlas. Le ahorro a los remitidos leyendo respuestas negativas vale no decirlo".

RICARDO

FERNANDEZ
UEZ

Ingeniero **RICARDO**
LARA

Secretario de Estado en las Carteras de Salubridad Pública y Protección Social en el gobierno del licenciado Cortés, hasta el 15 de marzo de 1939 en que renunció.

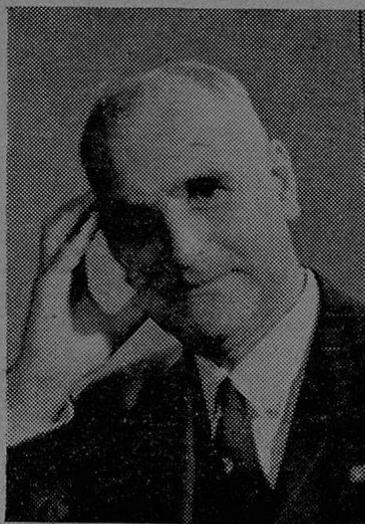
PADRES: Antonio Peña y Mariana Chavarría.
NACIO en San José el 20 de mayo de 1899.

CASO con Margarita Chavarría Flores.

Doctor en Medicina de la Universidad Nacional de Colombia y Doctor en Salud Pública de la Johns Hopkins University. En Colombia fué Jefe de Clínica del Laboratorio Central de Lazaretos e Interno del Hospital San Juan de Dios de Bogotá. Médico de la Gota de Leche de la Cruz Roja Costarricense y miembro de la Directiva de esta Institución. Ha asistido al Congreso Nacional de Higiene de Lechería, en Syracuse; al Congreso Científico de Lima; al Congreso Médico Panamericano de Panamá; al Congreso Científico de Washington, y al Congreso Internacional de Pediatría de Washington. Catedrático de Parasitología de la Universidad Nacional de Colombia y Director del Instituto Nacional de Higiene de ese país. Consejero de la Oficina Sanitaria Panamericana. Mucipale de la ciudad de San José. Diputado y Vice Presidente del Congreso Constitucional. Encargado de Negocios de Costa Rica en Colombia y Enviado Extraordinario en Misión Especial ante el gobierno de la República de Guatemala. Presidente del Club Rotario de San José. Actual Director, desde hace varios años, del Hospital San Juan de Dios de San José. Autor de numerosas publicaciones científicas.

VIVE en San José.

Licenciado **ALEJANDRO**
AGUILAR MACHADO



Secretario de Estado en la Cartera de Educación Pública en el gobierno del licenciado León Cortés Castro.

PADRES: Alejandro Aguilar Mora y Claudia Machado Lara.
NACIO en San José.

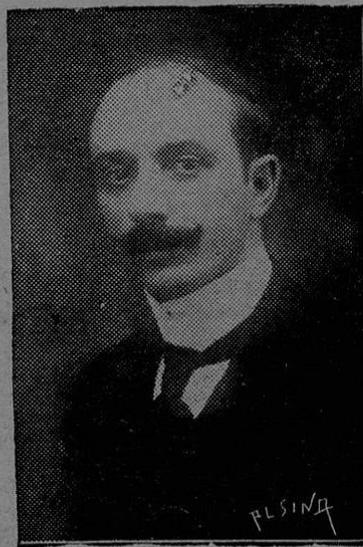
CASO con Marta Koberg Bolandi.

Se graduó de licenciado en leyes el 18 de marzo de 1921. Profesor y Director del Liceo de Costa Rica. Catedrático de la Escuela de Derecho. Actual Director del Colegio de Cartago. Ha con-

grado a la educación de la juventud largos años y lo mejor de sus energías. En 1919 actuó como Secretario de la Misión Diplomática acreditada ante el gobierno de El Salvador. En 1921 fué también Secretario de la Misión Especial acreditada ante el gobierno de Guatemala con motivo de la celebración del primer centenario de la Independencia de Centro América, y la cual fué presidida por el ex-Presidente don Rafael Iglesias Castro. En mayo de 1928 fué nombrado por el Presidente don Cleto González Víquez como Sub Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores y Carteras anexas, habiéndose encargado por algún tiempo de ese Despacho por ausencia del titular. En febrero de 1930 representó a Costa Rica en el Congreso Internacional de Universidades, y en el Congreso Panamericano de Rectores, Decanos y Educadores, celebrados ambos en la ciudad de La Habana. En 1937 desempeñó el cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Misión Especial ante el gobierno de la República de Nicaragua. En 1938 fué acreditado con el mismo carácter cerca del gobierno de Colombia, con motivo de celebrarse en esa República el IV Centenario de la Fundación de la ciudad de Bogotá, y la toma de posesión del Presidente Eduardo Santos. En agosto de 1939 representó a Costa Rica en el XXVII Congreso Interamericano de Americanistas, celebrado en México. En enero de 1940 fué nombrado miembro del Comité Interamericano de Neutralidad, con sede en la ciudad de Río de Janeiro. En 1948 asistió como Representante de nuestro país a la Novena Conferencia Internacional Americana celebrada en la ciudad de Bogotá. El licenciado Aguilar Machado ha viajado extensamente y posee una amplia cultura humanística, habiéndose especializado principalmente en los estudios históricos, sociológicos y filosóficos. Es en el momento presente el primer orador con que cuenta el país. Ha dado conferencias en la Universidad de la Sorbona en París, en Bruselas, en Bogotá, en Panamá, en Guatemala, en Honduras, etc. etc. Ha publicado varias importantes obras.

VIVE en San Pedro de Montes de Oca.

Licenciado **TOBIAS**
ZUNIGA MONTUFAR



(Sus datos personales ya fueron consignados)
Secretario de Estado en las Car-

teras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto en el gobierno del licenciado Cortés, desde el 29 de mayo de 1937.

Don **FRANCISCO DE PAULA**
GUTIERREZ ROSS

(No tenemos ni datos ni fotografía)

Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en el gobierno del licenciado León Cortés, del 10 de agosto de 1937 al 21 de junio de 1939 en que renunció.

Doctor **ALFONSO ACOSTA**
GUZMAN



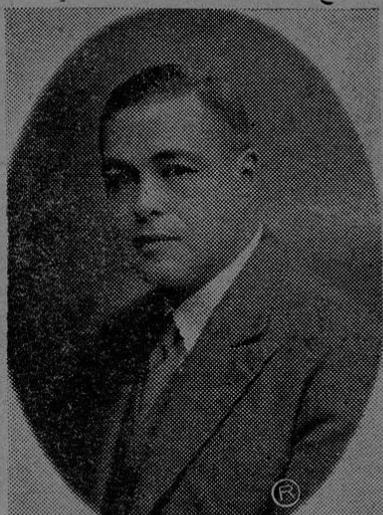
Secretario de Estado en las Carteras de Salubridad Pública y Protección Social en el gobierno del licenciado León Cortés, desde el 15 de marzo de 1939.

PADRES: Adán Acosta Valverde y Ester Guzmán Quirós.

Nació en San José el 8 de septiembre de 1905.

CASO en primeras nupcias con Irma Kuhne y en segundas nupcias con Emma Himmel Mechel.

Hizo sus estudios de medicina en las Universidades de Bonn-Colonia, Instituto de Enfermedades Tropicales de Hamburgo y Viena. El 7 de marzo de 1928 obtuvo su diploma de médico y cirujano en la Universidad "Federico Guillermo" de Bonn sobre el Rhin. Después de su graduación hizo práctica quirúrgica en el primer centro de industria metalúrgica de Alemania, en Bochum en la provincia de Westfalia, Hospital de Santa Elizabeth bajo la dirección del célebre profesor de cirugía Anton Reich. Incorporado a la Facultad de Medicina de Costa Rica inició sus labores profesionales en 1929 como médico interno del Hospital San Juan de Dios, donde ha sido luego Asistente de la Maternidad, Asistente del Servicio de Ginecología y Asistente de varios Servicios de Cirugía, ocupando desde hace más de diez años el puesto de Jefe de Clínica del Servicio de Cirugía "Federico Zumbado". De 1929 a 1936 desempeñó el cargo de médico Jefe del Departamento de Epidemiología de la Secretaría de Seguridad Pública, Departamento que fundó por encargo del Ministro de entonces doctor Solón Núñez y del Representante en Costa Rica de la Fundación Rockefeller, doctor Luis R. Shapiro. En 1935



(sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en las Carteras de Fomento y Agricultura en el gobierno del licenciado León Cortés.

Profesor **LUIS DOBLES**
SEGREDA



(sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en la Cartera de Educación Pública en el gobierno del licenciado Cortés, hasta el 22 de junio de 1936 en que renunció.

Doctor **ANTONIO PEÑA**
CHAVARRIA



Estado en las Carteras de Fomento y Agricultura en el gobierno del licenciado León Cortés.

Francisco Fernández Quesada el 31 de diciembre de 1913.

Magistrado en el Tribunal de Justicia por 10 años. Asistió ante el Rey de España. Fué Ministro en los Estados Unidos.

JUL GURDIAN
JAS



(sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en el gobierno del licenciado León Cortés, del 10 de agosto de 1937 al 21 de junio de 1939 en que renunció.

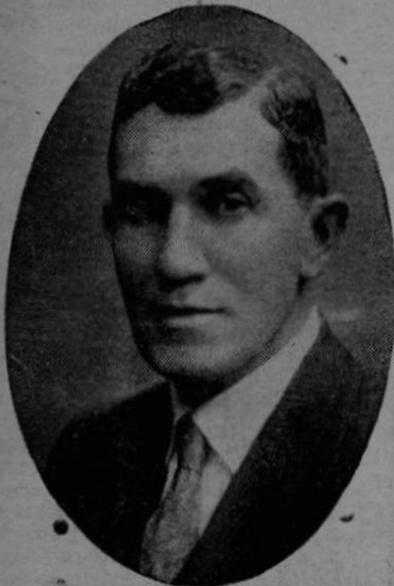
Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en el gobierno del licenciado León Cortés, del 10 de agosto de 1937 al 21 de junio de 1939 en que renunció.

RAMUNO

asistió al Congreso para la Ciencia de Población celebrado en Berlín como evento internacional de todas las Secretarías de Salubridad. En 1936 como motivo de la invitación internacional a los Juegos Olímpicos Mundiales que se celebraban en Berlín fué investido con el cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Misión Especial ante el Gobierno Alemán. En 1939 fué Presidente de la Delegación costarricense de cirujanos que fué a México con motivo de inaugurarse el Colegio Indo Latino de Cirujanos. En 1940 llevó la Presidencia de la Delegación de Costa Rica al Octavo Congreso Científico Americano que se celebraba en Washington. Por ausencia del titular y no habiendo representación diplomática en Washington fué encargado durante ese tiempo de esa representación, habiendo ocupado nuestro asiento oficial en la Unión Panamericana en diversas ocasiones bajo la presidencia de Mr. Cordell Hull. Durante la administración Cortés fué Cirujano Mayor del Ejército con grado de coronel. Desde el año 1929 desempeña la cátedra de Medicina Legal en la Facultad de Derecho, siendo en la actualidad el profesor más antiguo de la Universidad de Costa Rica. Ha sido Fiscal, Secretario y Presidente del Colegio de Médicos y Cirujanos de la República Secretario de Estado en el Despacho de Salubridad Pública. Jefe de Cirugía en el Hospital Central del Seguro Social, cargo que sirve casi desde su fundación. Es en la actualidad Jefe de la Sección de Ginecología y Obstetricia del Hospital Central de la Caja y de la Consulta Externa Ginecológica del Policlínico. Profesor de Obstetricia y de Ginecología en la Escuela de Enfermería y Obstetricia de Costa Rica. La Facultad de Derecho le hizo en 1952 un nombramiento confiriéndole un Diploma de Reconocimiento por servicios a la misma durante veintidós años desde la cátedra de Medicina Legal, diploma que equivale a una incorporación Honoris Causa al Colegio de Abogados o a la Facultad de Derecho.

VIVE en San José.

Licenciado **EVERARDO GOMEZ ROJAS**



Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en el gobierno del licenciado León Cortés, desde el 21 de junio de 1939.

NACIO en Cartago.

CASO con Amelia Calvo Castro.

Se graduó de licenciado en leyes en 1908. Alcalde Tercero de San José. Juez Civil en Limón, en Cartago y en San José. Audi-

tor General de Guerra. Secretario General de la Conferencia para Asuntos Centroamericanos reunida en Guatemala en 1934. Delegado de Costa Rica a la Conferencia de Ministros de Hacienda del continente reunida en Guatemala en noviembre de 1939. Jefe del Ministerio Público. Profesor y Decano de la Escuela de Derecho de la Universidad de Costa Rica.

VIVE en San José.

Trayectoria de la Creación Galdosiana

Por Joaquín Casaldueiro

La emoción histórica, que los románticos sienten por primera vez como expresión de la temporalidad humana, es una de las características del siglo XIX. Esta emoción histórica, además de hacer surgir el pasado en la atmósfera poética de lo vago y lejano, y sobre todo de lo extraño y extranjero, no sólo en el espacio sino en el tiempo, es lo que condujo a los románticos a que se fijaran en su propia época, en el presente como tal presente, preparando así el advenimiento del realismo. **Fernán Caballero** lo dice claramente. Su intención es pintar la sociedad contemporánea.

Galdós, pues, en su juventud madrileña, vive en un medio literario en que tanto el teatro como la novela encuentran su inspiración en la realidad social, vista como una antítesis entre lo tradicional y lo moderno.

Después de una breve vacilación, el joven Galdós encuentra el tema de su obra y la forma que le convenia: la sociedad contemporánea y la novela. Galdós desplaza el tema tal como lo habían visto los realistas. Estos habían estudiado la lucha entre lo tradicional y lo moderno, era lo que todavía estaban haciendo y lo que todavía harían. Lo que Galdós se propone es estudiar las raíces de esta lucha y su crecimiento. El pasado tiene para Galdós un valor histórico y a la vez filosófico. Como valor histórico el pasado explica el presente y, por lo tanto, ayuda a comprenderlo; el pasado es la causa y el presente el efecto. Lo que estudia Galdós es esta relación mecánica causa-efecto en términos históricos: pasado-presente. Como valor filosófico, pasado es sinónimo de muerte, y presente lo es de vida. La oposición pasado-presente se transforma en la oposición muerte-vida, con una consecuencia muy importante, la de creer que el tiempo, no el hombre, es quien destruye y quien crea.

Taine da a Galdós las ideas históricas para poder aprehender la realidad social. Balzac le hace ver la sociedad no ya como un cuadro de costumbres, sino como un organismo vivo, el verdadero héroe de la Historia, y Dickens le prepara para transformar el sentimentalismo individualista en un sentimentalismo social. Además de estas tres grandes figuras del siglo XIX, hay que tener en cuenta a Cervantes. El Quijote, sentido y comprendido, como es natural, según las ideas de mediados del siglo XIX, es el que proporciona a Galdós los medios para contemplar la realidad española y para crear el perfil grotesco de gran número de personajes. Hay que añadir a Víctor Hugo para cierta concepción del mundo novelesco de su primera época, y para la visión trágica de algunas figuras de

su madurez conviene recordar a Shakespeare. Ha tenido contactos con Ibsen y con Tolstoy, pero sin carácter formador; han ido más bien debidos a un desarrollo paralelo.

Estas me parecen ser las características y determinantes de la primera etapa de Galdós (período histórico 1867-1874), en la cual crea sus dos primeras novelas — **La Fontana** y **El Audaz** — y los diez volúmenes de la primera serie de **Episodios Nacionales**. Doce novelas en las cuales estudia la historia de España desde finales del reinado de Carlos IV hasta el trienio liberal de Fernando VII.

Con el primer **Episodio** de la segunda serie entramos en otra etapa de la labor galdosiana. En esta segunda etapa (1875-1879) el análisis histórico es sustituido por un esquema abstracto. En la primera etapa las dos novelas dieron lugar a los **Episodios**; en la segunda etapa, los **Episodios** dieron lugar a sus novelas correspondientes: **Doña Perfecta**, **Gloria**, **Marianela** y **La familia de León Roch**. La primera serie de **Episodios** trata de la guerra de la Independencia, y tiene una fuerte unidad. El novelista ha querido que la unidad de la acción histórica se refleje en la parte novelesca, y ha hecho de ésta un relato autobiográfico: la redención moral y social de un hombre, como si dijéramos la salvación moral de España. De aquí que a pesar de las batallas y los continuos accidentes militares, yo no encuentro en esta serie el carácter épico que la crítica ha señalado con insistencia. La segunda serie, en cambio, novela la historia civil de España desde la vuelta al trono de Fernando VII hasta su muerte. En este período histórico ve Galdós completamente formada la división que apenas había comenzado a germinar en el anterior. Al novelar esa escisión, los personajes adquieren inmediatamente un carácter decididamente simbólico, subrayado por sus nombres. El personaje liberal se llama Salvador Monsalud, el absolutista, Garrote, el buen burgués, Benigno Cordero, etc. La novela en la primera serie servía, entre otros propósitos, para contar a historia; en la segunda, la novela sirve para elevar el hecho histórico al plano de lo general y abstracto; de aquí que sintiera Galdós la necesidad de desentenderse de los hechos históricos para dejar plasmada la fisonomía del siglo XIX español en sus trazos definidores y característicos. Entonces crea sus tres novelas abstractas: **Doña Perfecta**, que tiene lugar en Orbajosa; **Gloria**, que sucede en Ficobriga, y **Marianela** que pasa en Socartes. Las dos primeras novelas nos llevan de la lucha entre lo antiguo y lo moderno, considerada desde un punto de vista político-religioso y español, a la lucha entre lo particular y lo general vista desde el ángulo religioso. **Doña Perfecta** es el símbolo del espíritu universal y reaccionariamente tradicional; si, además, tiene un acento español se debe a que esta fuerza reaccionaria universal se estudiaba en España y para España. Por eso se apresuró Galdós a presentar esa lucha en términos más universales al enfrentar en **Gloria** el catolicismo con el judaísmo, tan intransigente el uno como el otro, porque ambos no representan el espíritu religioso en general, sino que son una manifestación parcial e histórica del espíritu religioso; y, como son incapaces de abarcar a toda la humanidad — al creerse cada uno de

ellos en posesión de la verdad — tienen forzosamente que oponerse, no solamente el uno al otro, sino a toda concepción de la verdad que no coincida con la suya. En **Doña Perfecta** y **Gloria** cristaliza el concepto negativo y trágico que tiene Galdós del mundo en general y de España en particular. Pero Galdós puede expresar esta tragedia de un modo terminante, porque, gracias a su esperanza en un mundo mejor, ha podido descubrirla; esperanza que toma forma en **Marianela**. En esta novela, la ciencia luchando contra la imaginación da al hombre la vista para que pueda contemplar la realidad y, desplazándose de la zona de lo absoluto a la de lo relativo, dedicarse al trabajo fecundo. **Marianela** es a la vez el desenlace vital de la trágica situación de **Doña Perfecta** y **Gloria** y el manifiesto estético-ideológico de Galdós. **Marianela** se apoya fuertemente en Comte para dar una estructura a la Historia — períodos teológico, metafísico y positivo, es decir un estado provisional, seguido por uno transitorio que va al último, científico y definitivo. Las dos primeras tienen la trágica decisión de una situación mortal claramente captada, la tercera, en cambio, une a la forma de un idilio melancólico la seguridad de la fe en el credo positivista.

A **Marianela** le sigue **La Familia de León Roch**, donde todavía observamos un esquema abstracto para organizar el mundo, donde todavía nos encontramos dos principios frente a frente, pero este conflicto ya no tiene lugar en una ciudad imaginaria, sino en Madrid, en una familia, en unos individuos. **Doña Perfecta** tenía que explicarle a la sobrina del Penitenciario, que la lucha entre ella y Pepe Rey era en realidad una lucha entre dos Españas, entre dos mundos. En **La Familia de León Roch** se trata de una incompatibilidad de caracteres, es el temperamento lo que separa a León Roch de su mujer; temperamento que debe explicarse por la influencia del medio y de la educación, pero principal y especialmente por la forma de la vida sexual. Con esta novela termina la etapa abstracta, que tiene la fuerte influencia de Comte ya indicada y un marcado carácter antihegeliano; al mismo tiempo pre para la etapa siguiente caracterizada por su naturalismo.

La etapa naturalista comprende las novelas escritas desde 1881 hasta 1885, es decir desde **La Desheredada** hasta **Lo Prohibido**. Seis novelas en las cuales junto a la enseñanza de los autores antedichos notamos la de Zola. El Naturalismo hace sufrir a la cultura española una de sus mayores deformaciones. No me refiero a la decidida actitud antagónica, como cuando cita Galdós el verso de Calderón "Soñemos, alma, soñemos", dándole conscientemente un sentido opuesto al del dramaturgo barroco, sino a la asimilación de la picaresca del XVIII y al patrocinio de Cervantes. En esa época, es claro, se tenía que rechazar el **Persiles**, al cual no se le podía hacer entrar dentro de concepto naturalista, y muchas de las novelas ejemplares llamadas idealistas; esto no era lo peor, sin embargo; lo peor fué cuando con toda sinceridad deformaron el **Quijote**, o la visión de Velázquez. Hoy acaso podamos ver la belleza del Naturalismo y la del Barroco en su sentido aproximadamente verdadero.

En las obras de estos cinco años se reflejan todas las caracte-

rísticas del Naturalismo y su concepto del mundo. Lo importante, empero, es notar el crecimiento y desarrollo de la obra de Galdós ver cómo el naturalismo no es una aportación meramente externa, sino que es una asimilación, gracias a la cual se separa del análisis histórico y de la representación abstracta para estudiar el carácter nacional a través de unos individuos. El trabajo de este período le lleva, además, a descubrir la realidad, esto es a crearla. Una realidad tal como la conciben los naturalistas, desprovista de toda finalidad que la trascienda. El Naturalismo-positivista pone ante nosotros una naturaleza que no es nada más que materia; el mismo espíritu, si por raro azar se le encuentra, es únicamente un estado de transformación de la materia que recibe este nombre. La última novela de esta etapa, **Lo Prohibido**, es la obra más estrictamente naturalista en toda la labor de Galdós. En ella el novelista ve reducida toda la realidad a materia y el individuo a fisiología. Ya para penetrar en el carácter de Doña Perfecta se nos decía que padecía de la vesícula biliar, pero esa observación se pierde en el contenido histórico e ideológico tan compacto que sostiene a esa figura. Ahora no, desde **La Desheredada** y cada vez en aumento mientras nos vamos acercando a **Lo Prohibido**, los hombres y mujeres que pueblan sus novelas son fruto del medio, con todas las taras hereditarias que se han ido acumulando de generación en generación.

Al quedarse solo ante la materia, Galdós descubre la presencia y realidad del espíritu. La realidad de la materia y la realidad del espíritu frente a frente, este es el conflicto cuya expresión da lugar a la creación de las obras maestras de Galdós: **Fortunata y Jacinta**, **Miau**, **La Incógnita**, en las cuales el autor se debate en esa lucha entre la materia y el espíritu; y **Torquemada en la hoguera**, **Realidad**, **Angel Guerra**, **Tristana**, novelas en que se ve al hombre sometido a una fuerza superior y descubriéndola.

En todas las obras de este ciclo — 1886-1892 — los personajes viven desasosegados y su morir es un desesperado suicidio, al chocar constantemente con una fuerza ignorada que les domina y sujeta, o bien es un doloroso esfuerzo por perfeccionarse a sí mismos. Si antes pasado era sinónimo de muerte, y presente, de vida, ahora la palabra materia es otra manera de nombrar la muerte, y la palabra espíritu, de nombrar la vida. De la misma manera los personajes vuelven a adquirir un valor simbólico, pero no son encarnación de ideas o de principios, sino seres poéticos y universales. Ahora, como antes, vemos dos principios frente a frente. En las dos primeras etapas, sin embargo, eran dos principios — tradición, libertad, o lo particular y lo general — que se excluían mutuamente, por eso su lucha debía tener siempre un fin infecundamente trágico. En esta etapa del conflicto entre la materia y el espíritu los personajes mueren también trágicamente, pero su muerte es un dolor fecundo, porque el espíritu no excluye la materia. Materia y espíritu son dos términos contrarios, sí, pero que necesitan el uno del otro para formar eso que llamamos vida, el hombre.

Así, Galdós en el año 1892 entra en la quinta etapa de su producción, en la cual estudia la vida y la muerte, o dicho de otra manera, la espiritualización de la materia sin el espíritu. Después de habernos presentado al héroe de la libertad política — Salvador Monsalud, Pepe Rey — y al

héroe naturalista — Teodoro Gólfín, Isidora, Manso, etc. — nos presenta al héroe espiritualista y su acción. Galdós no reniega del Naturalismo, lo supera. Galdós en esta etapa va conducido por Schopenhauer y reconciliado con Hegel, quienes le ayudan a plantearse de nuevo el problema de la personalidad humana, del Estado y de la voluntad.

El héroe espiritualista no es ya el hombre que lucha por principios políticos, ni ese hombre que con la fe en la ciencia y en el trabajo, lucha, de una manera a veces ruda y brutal, con la naturaleza o con el hombre, que no es un ser moral, sino también una fuerza elemental y ciega. El hombre espiritualista es el que lucha consigo mismo. No tiene voluntad de poder, voluntad de dominio, sino voluntad de perfeccionamiento. El héroe espiritualista, partiendo de una culpa trascendente, que reconoce como suya, lucha por purificarse, y acepta la realidad de la vida; acepta la vida que es dolor, pero no un dolor inútil e infecundo, sino un dolor que en el centro de su mayor sufrimiento encierra la verdadera alegría. El héroe naturalista es el hombre que se forma a sí mismo y conquista la materia; su heredero, es el hombre ya formado, que tiene que conquistar el espíritu, o con expresión de Ganivet, **El Escultor de su Alma**. Este ciclo termina en 1897 y comprende las novelas y obras de teatro escritas desde **La Loca de la Casa** hasta **El Abuelo**. Los personajes de estas obras tienen una rara monumentalidad. Es verdad que ya Doña Perfecta tenía un aire colosal, pero sus dimensiones se deben a la relación de planos y al juego de luces y sombras. En otro medio, iluminada de otra manera perdería su apariencia simbólicamente gigantesca. No es ella la que es colosal, sino la intransigencia, la ceguera, el atraso, la sombra de la Catedral. De Pepet al Abuelo, pasando por **Torquemada**, la de San Quintín, Nazarin, lo que hace monumentales a esos personajes es la lucha consigo mismos o con la sociedad o con ambos. Luchan con el mal que está dentro y fuera de uno mismo.

Con el año 1898 llegamos a la época de mayor perplejidad en nuestro autor. Hacia finales de siglo los principios estéticos y morales pasan por una profunda crisis, no sólo en España, es claro, sino en toda Europa. El objetivismo naturalista ha dado lugar al subjetivismo impresionista y el individuo social del Naturalismo se ve sustituido por el individuo anarquista del Impresionismo. Además hay un cambio de acento. El Naturalismo tiene una preocupación profunda humana y, por lo tanto, moral; en cambio, el Impresionismo se mueve, aun dentro de su constante preocupación moral, por anhelos de índole estética: esculpir el alma, no sólo quiere decir crearla, sino hacer algo bello en su perfección imposible. Esas aspiraciones a un último bien son raíces morales que dan frutos estéticos. Las dos corrientes que han estado con su lucha incesante dando forma al siglo XIX — la tradicionalista y la liberal —, en el Impresionismo se separan por completo, llegando a las posiciones más resueltamente extremas. Después de un momento de gran depresión, que va de 1898 a 1900, cuando se escribe la tercera serie de **Episodios**, Galdós con una gran energía y decisión da un paso hacia adelante; entonces entra en la etapa de la libertad metafísica, en la cual intenta asimilarse los nuevos principios estéticos, y en la cual se vuelve a plantear el problema de España, no de una manera objeti-

va, sino subjetiva. No trata de estudiar la realidad histórica y de observar y explicar cómo Doña Perfecta mata a Pepe Rey, sino que lo que quiere es dar un ideal a los españoles, y entonces Doña Perfecta es condenada a muerte: este es el significado de **Casandra**. En la primera serie de **Episodios** la novela está al servicio de la historia, en la segunda serie la novela es la cristalización del fluir histórico. La tercera es la serie de la guerra civil — dolor, crueldad, insensatez, ni el Estado ni el individuo son respetables —, la novela refleja esa especie de feudalismo moderno, que ni es feudalismo ni es moderno, es únicamente desbarajuste y desorientación. En la etapa de la Libertad, los **Episodios** se convierten en el comentario y la justificación de la novela, de **Casandra**. A quien había que haber matado era a Fernando VII, y eso lo dice cuando escribe sobre Isabel II, la de los tristes destinos. Por la ironía, por la serenidad, por la penetración histórica, por la creación de personajes, la cuarta serie quizás sea la mejor junto con la quinta que dejó sin terminar. Esta etapa acaba en 1907, cuando aún le quedan al escritor once años de trabajo.

En sus últimos años el novelista abandona la historia para entregarse a la mitología, manera de liberarse de la sujeción temporal y poder penetrar el sentido de los hechos; pero eso todavía no le basta. Los últimos seis años de su vida los dedica a soñar. El ha querido que el hombre hiciera de la Tierra un lugar feliz y moralmente habitable. No lo ha conseguido, pero nadie puede impedir que sueñe utopías, en las cuales se imagina el hombre realizando el bienestar en la Tierra: un bienestar naturalista, hecho de escaletas y fábricas, con una nota espiritualista: la del amor; amor de unos hombres por otros.

Así, la semilla que estaba en su corazón y que encontramos en sus primeras obras ha ido germinando y desarrollándose. La experiencia histórica, moral, individual y metafísica del novelista ha imprimido un sello en la germinación y desarrollo de ideas e ideales, dando lugar a las diferentes etapas de su obra, que podríamos delimitar de la siguiente manera:

1. Período, 1867-79: período histórico, 1867-74; subperíodo abstracto, 1875-79.

2. Período, 1881-92: período naturalista, 1881-85; subperíodo del conflicto entre la materia y el espíritu, 1886-92.

3. Período, 1892-1907: período espiritualista, 1892-97 (tercera serie de **Episodios**, 1898-1900); subperíodo de la Libertad, 1901-1907.

4. Período, 1908-18; período mitológico, 1908-12; subperíodo extratemporal, 1913-18.

Galdós comienza tratando de estudiar el carácter español, después quiere captar al hombre del siglo XIX, luego al hombre en general y por último cierra su obra con figuras utópicas.

De los numerosos temas y tipos de la obra galdosiana — el despilfarro, la buena administración, el trabajo, el ocio, la voluntad, el médico, el ciego, el monstruo, el cesante, etc. — sigamos, por ejemplo el de la imaginación a través de las diferentes etapas señaladas, y veremos cómo desde el período histórico hasta el subperíodo del conflicto entre la materia y el espíritu, la imaginación es un valor de signo negativo, que en el período histórico se estudia como una de las características de la historia de España que hay que combatir y en el período abstracto como una de las características

de España y de la mente humana que se opone a la vida moderna científica, pero cae vencida. En el período naturalista, se destaca la imaginación como una de las peculiaridades del carácter español en el siglo XIX, observándola Galdós en individuos. Del subperíodo del conflicto entre la materia y el espíritu hasta el subperíodo extratemporal vemos que la imaginación aparece como un valor de signo positivo. Es claro que la manera de concebir la imaginación y de valorarla lleva consigo una manera de concebir y valorar la realidad. Si la imaginación era un valor negativo se debía a la exaltación de la realidad, no sólo como guía espiritual, moral y política del hombre, sino como fuente de conocimiento. Cuando la imaginación adquiere para Galdós un valor positivo, entonces la realidad no queda desvirtuada, pero se la hace depender de la imaginación. Si hay realidad, si la justicia, el bien, la moral existen, es porque la imaginación las crea. El hombre hace de su creer un ser. Primero Galdós quería que el alma dejara de soñar, luego piensa que soñar es vivir y vivir, soñar. Pero la materia de su sueño no cambia. Continúa tan alejado del Barroco como siempre. Galdós quiere que el hombre cese de considerar al hombre como un enemigo, quiere hacer de la Tierra un lugar de convivencia.

No hay una evolución en la obra de Galdós, sino una formación, un desarrollo. Con las raíces profundamente hundidas en tierra de España y fuertemente, la obra de Galdós tiende sus ramas últimas hacia la altura y abarca a la Humanidad. De un extremo a otro, la obra de Galdós está traspasada por el mismo anhelo. Anhelo optimista, lleno de comprensión, de fe; sobre todo de fe que años de mayor depresión, volviendo a irradiar, pasada la crisis, más brillante que nunca. El pesimismo de madurez — desfallecimiento necesario cuando se está próximo a la victoria — se convierte en ironía bondadosa, con una gran capacidad para perdonar, la cual no requiere ni impone la menor claudicación.

Su primera obra cristaliza en **Doña Perfecta**, momento en el que se ve el mal, el odio, la reacción, en toda la grandeza de la destrucción; el espíritu de la destrucción fatalmente implacable, con dimensiones colosales, cubre toda la novela. La creación de sus etapas finales va a dar a **Casandra**, en la cual también hay una muerte; también las sombras rampantes del mal se extienden por la sociedad, pero a la mano que mata, quizás más exactamente, a la voluntad decidida a matar, no la conduce el odio, sino el amor, el deseo extraño de rescatar con su propio sacrificio a los hijos de los hombres.

Joaquín Casaldueiro



El Gran Renacimiento de la Picaresca

El dueño de uno de los grandes hoteles de Cali, Colombia, tenía un perro famoso. Al hombre no le importaba su hotel: le importaba su perro. El hotel era discutible: el perro, sagrado. El hombre salía todos los días, hasta las 11 de la mañana, a darle un paseo al perro y la gente se inclinaba a saludarlo y se quedaba mirando el perro. El perro formaba parte de la vida de la ciudad. En cierta ocasión, se alojó en el hotel un tipo formidable. Era un pícaro. Parecía un inglés. Era alto y ojizul, tenía unos trajes imponentes. Usaba guantes. Era altivo, era impecable, era gentilísimo. Cautivó al dueño del hotel. Un día, el pícaro dijo al dueño: "—Usted me haría feliz si me complaciera en un capricho: permítame que un día sea yo quien le dé el paseo a Wellington". Wellington era el perro.— Encantado — le respondió el dueño—. Justamente mañana un amigo ha querido que juegue al golf con él. Usted saldrá con Wellington. Al día siguiente, el pícaro y Wellington visitaban todos los sitios de la buena gente de Cali. El pícaro — quería hacer una obra de Cruz Roja — andaba rifando el perro. En un par de horas vendió doscientas boletas. Cuando el dueño regresó al hotel llovían las llamadas por teléfono. Todos querían expresarle la sorpresa de la rifa. El dueño volaba de ira. Así estaba cuando el pícaro entró fresco y sonriente al hotel. Llegaba con Wellington. La presencia del duque salvó al pícaro de la muerte. El dueño le gritó: "—¡Ha estado usted rifando mi perro!" El pícaro: "—Así es, señor, y aquí tiene usted su perro: se lo he ganado. Es usted un hombre de suerte". Y el pícaro era la Cruz Roja.

Esta cosa genial del gran pícaro moderno la estamos llevando ahora los latinoamericanos por el mundo en forma prodigiosa. Podemos nosotros, como naciones, ser poca cosa. Pero tenemos unos tipos que se casan con millonarias, que pescan fortunas fabulosas, que saltan de la nada de nuestra pobre selva de sapos y de bichos a la página social del "Figaro", de París o del "Times", de Londres o Nueva York, cuando no a las cubiertas escandalosas de los diarios diminutos de tres millones de ejemplares. El año pasado hubo en Europa una serie de bailes internacionales que pasaron de la Costa Azul a Venecia arrastrando de paso a la gente del gran mundo de París, todos bajo la dirección de los latinoamericanos famosos que han llegado a las mayores alturas de la farándula social.

El rastacuero tiene indudablemente un encanto. Es completamente feliz y hace felices a todas las marquesas de la Europa destronada que desde los tiempos de Luis XVI y Nicolás II no conocían caviar ni champaña. La voracidad con que se precipitan los nobles de la antigua guardia versallesca cada vez que se anuncia champaña en casa o embajada rascacuera americana, es uno de los últimos grandes espectáculos conmovedores con que nos regala la tradición de las monarquías europeas. Pero no menos tierna es la imagen de los anfitriones de nuestra América que de pronto se sienten partícipes de la leyenda dorada, protectores de príncipes reumáticos, de condes gotosos y de marquesas maquilladas.

No hace mucho, hubo indignación en casa de una familia sudamericana porque una de las hijas decidió casarse con un mozo

inglés finísimo, pero de peligros insuficiente. La familia originalmente, hasta no hace tres generaciones, pertenecía a ramas indígenas de ayllú mediano, es decir: que no eran como la primera Occidente donde nació el Inca Garcilaso, sino común indígena. Pero a través de los enlaces que procura el dinero, se colocó en el nivel de la más alta genealogía europea, y no podía aceptar el que la hija se casase con un inglés del común cuando en la sala de espera se encontraban como candidatos, según dijeron los periódicos de todo el mundo, cuatro nobles.

Si fuese posible hacer hoy la historia de los papagayos de nuestra América que han logrado posarse en las copas más altas de la genealogía universal, le regalaríamos al mundo algunas de las páginas más encantadoras.

UNA VEZ HUBO UN SIGLO ILUSTRADO

UNA de las personas que más han colaborado en la fastuosa publicación de los libros de la misión botánica de Mutis en el siglo XVIII, el P. Enrique Pérez Arbeláez, acaba de lanzar una curiosa y divertida teoría histórica. Según él, las misiones científicas que vinieron a América de España nada tuvieron que ver con el movimiento de la ilustración que de Francia irradió a todo el mundo. La de Mutis, pues, fué de generación espontánea. Lo que se hizo en la Nueva Granada puede aislarse del panorama universal. "El renacimiento cultural español —dice— nació de la misma España; Mutis y otros naturalistas mantuvieron relaciones, no con Francia, sino con Suecia... La venida de Humboldt, así como la de Pedro Loefling nada tuvieron que ver con la ilustración francesa..." Esas declaraciones dejan la impresión de que se han asustado en Madrid, cuando ya el libro estaba en la calle.

Se ha visto con terror que la espléndida labor de Mutis no es sino un testimonio de las cosas que se hicieron bajo el gobierno de Carlos III, cuando penetró hasta los huesos en España, como en todo el mundo occidental, el estímulo contagioso de los enciclopedistas.

En realidad, ha habido una tendencia provinciana que trata de presentar los progresos científicos de cada una de las colonias españolas en el siglo XVIII como un milagro local. Se ha querido desligar a España del movimiento europeo de la ilustración. Pero no por simple coincidencia en la corte de Catalina de Rusia, en la de Federico de Prusia, como en la de Carlos III, o como en Suecia, en Dinamarca o Polonia, se presentan al mismo tiempo los mismos entusiasmos científicos; todos los monarcas y sus gentes tienen correspondencia con Voltaire, y los salones se convierten en pequeñas academias. En España, donde el rey es un Borbón francés, lo que ocurre es idéntico a lo que se ve en el resto de Europa. Los ministros de Carlos III se cruzan cartas con Voltaire, se funda en Vergara la madre de las Sociedades Económicas de Amigos del País en donde se lee a los autores de la Enciclopedia y se hace de la enseñanza de la química se envían los navíos de la ilustración a Venezuela donde la sociedad guipuzcoana exporta cacao e importa enciclopedia, se le da el visto bueno a los sabios de la Academia de Ciencias de París para que vayan a Quito, viajen al Perú los botánicos Pabón y Ruiz a estudiar las minas en México

se funda la escuela de minas, y en Nueva Granada se inicia la misión botánica. En este último caso se trata de que al entrar Humboldt no encuentre tan pobre la ciencia del país. Todo esto lleva a lo largo de la América española un formidable estímulo cultural, que tiene para nosotros interés particular: por esa puerta entra la independencia. Detrás de la misión botánica y de los navíos de la ilustración que lo anuncian, aparece otro personaje: don Simón Bolívar.

Suprimir de la raíz de estas inquietudes el nombre de Francia es pueril. Quitarle su sentido revolucionario al siglo XVIII es tratar de tender una cortina de papel para cubrir uno de los fenómenos históricos más conocidos. Si lo que dice el P. Pérez Arbeláez fuera así, la publicación de la obra de Mutis se habría hecho por el gobierno de España con el propósito de emparedar un siglo. Pero no se han percatado de que lo descubren ante los ojos de los que no lo habían visto. Mutis, el director de la Misión, era un discípulo de Cavanilles, el botánico español más ligado a París. Humboldt fué a Francia a publicar sus libros sobre los viajes por América. La Suecia de Lineo era una tantas excursiones de la ilustración, cuya casa matriz estaba en París. El arzobispo virrey Caballero y Góngora, que estableció la misión de Mutis, trabajaba para la propia Catalina de Rusia enviándole gramáticas de las lenguas indígenas, y al llegar una biblioteca para el palacio arzobispal, dejó, por ejemplo, "L'Esprit des Loits", de Montesquieu, "Idée d'un Citoyen", "Histoire Universelle par une société des Gens de Lettres", "Discours Politiques", de Hume, "Essai sur Locke", etc.

Los gobernantes de las colonias españolas en los años de la ilustración introdujeron hasta nosotros el periodismo, y las gacetas españolas que nos llegaron cargadas de las ideas que divulgaban en España Campomanes, Jovellanos, Feijó, Floridablanca, son reflejo fiel de la época. España había entrado a formar parte de la comunidad europea... Era una península con las puertas y por las puertas abiertas entró el antijeuitismo. ¿Por qué motivos el Papa le dió el visto bueno a Carlos III para que expulsase a los padres de la Compañía de Jesús? Averigüelo el curioso. Lo evidente es que a causa de la expulsión, los nuevos planes de estudio produjeron el más profundo cambio en las universidades de la Península y de América. Por primera vez se introdujeron estudios de química metalúrgica y botánica. El arzobispo virrey decía que toda su reforma se dirigía "a substituir las útiles ciencias exactas en lugar de las meramente especulativas, en que hasta ahora lastimosamente se ha perdido el tiempo". Era el espíritu del siglo.

Nos sorprende hoy ver a un virrey arzobispo tendiéndole la trampa al jesuita Godoy, tan sospechoso para el ministro Gálvez, a fin de ponerle la mano y enviarlo a España. La trama novelesca de esta captura indica hasta dónde llegaba la decisión de los propios arzobispos del despotismo ilustrado por afirmar sus planes de gobierno eliminando los estorbos que pudieran oponerles la vieja escuela. Pero así se movió la ilustración, así fue el siglo XVIII, y para medir sus alcances, ahí están los libros de la Misión Botánica que se publican ahora en Madrid. Quizás por equivocación, si hemos de tomar al pie de la letra lo que dice el padre Enrique Pérez Arbeláez

EL COLOR DE PARÍS

Entre los árboles — que van cambiando de matiz, al influjo de las estaciones, desde el oro y el cobre hasta el hierro oxidado —, París es una sinfonía en gris mayor. Todas las tonalidades más delicadas se armonizan en esa atmósfera grisácea y discreta, en la que el espíritu recobra su confianza y respira como el pez en el agua... Gris acuoso, gris benévolo y manso que protege al paseante como una mirada maternal!

En las ruinas de las Termas de Cluny el gris es de ceniza y de plateada armadura romana, mientras las hojas que vuelan en el aire parecen dibujar los signos enigmáticos de Lutecia. Los pájaros son de color de piedra en la Isla de la Cité, en donde el polvo cubre las reliquias de los santos, los guerreros y los reyezuelos merovingios y carlovingios. Gris de gorrión, gris de humilde sayal es la iglesia de Notre Dame, gran grito petrificado, eterno grito gótico en la oquedad del tiempo. Vieja ciudad de los Nautas — de los poderosos "Mercaderes del Agua" —, París se extiende a las dos orillas del Sena y viste, sucesivamente, la cota de malla feudal y el jubón de raso del Renacimiento. Y el cielo gris y blanco, el cielo de nácar, resplandece sobre el pardo rostro momificado del Colegio de Francia que da la bienvenida a los cortejos de la Cultura, lo mismo que sobre el Hotel de Ville — gris de legajos y de expedientes — que escucha con aire severo los pleitos de señores y menestrales.

Matices del gris en el Puente del Carrusel que repite a cada paseante su ilustre historia arquitectónica. Las aguas del Sena y de las innumerables fontanas de París hacen relumbrar en varios sitios a la vez, sus chispeantes espadas y otras fugaces armas blancas. El gris histórico trepa por el Arco del Triunfo, se vuelve gris renacentista y se adorna de oro solar en la avenida de los Campos Eliseos, adquiere la palidez de la perla en la Concordia y en los húmedos muelles y va a vibrar, con resplandores de plata, en las alas de los pichones de la Plaza Saint Michel, del Louvre y de las Tullerías.

Mas, al atardecer, la gran ave de nubes que anida sobre los techos y las torrecillas de la ciudad, se consume en la llamarada crepuscular, en las ascuas del ocidente. El gris entonces se vuelve azul, rosáceo, verdoso, con las luces que se van encendiendo en las avenidas, como collares de cuentas de oro. Las sombras suben a la Butte Montmartre y se refugian entre los arbolillos de la Plaza del Tertre. Ya el gris, expulsado del cielo, no hace otra cosa que correr bajo los puentes, murmurando con su lengua mojada que chasquea en las piedras en canchales por tantos siglos de historia.

Los pasos en los adoquines larimeantes van despertando los recuerdos de París, cuya biografía es, al mismo tiempo, la de la civilización humana. Todos los emblemas y los signos de la lucha eterna, ruidos por el gris de las centurias, se reflejan en la mente oscura y memorable del Sena: el águila romana, la cruz primitiva, la espada medioeval, la flor de lis, el gorro frigio, la imperial abeja de oro, el gallo republicano, la cruz de Lorena...

CARROLL Y LOS ANGELES DOMESTICOS

Por RAMON SENDER



XFORD University Press ha publicado en 2 vastos volúmenes el diario de Lewis Carroll, escritor inglés muy popular, autor de "Alicia en el país de las maravillas". Hombre extraño, con tres personalidades muy distintas: pastor protestante, profesor de matemáticas en Oxford y creador de la incomparable Alicia. Resulta menos extraño, ahora que la gente puede comenzar a entenderlo en su diario. Los críticos que escriben sobre ese diario hacen alardes de psicologismo freudiano. Como es natural, hablan mucho del subconsciente. El subconsciente es el descubrimiento de nuestra época del que más abusan los críticos.

Muy pocos sabían a fines del siglo pasado quién era realmente el autor de "Alicia". Porque el nombre auténtico era Charles Dodgson. Profesor Dodgson. O reverendo Dodgson, como ustedes preferían. Y amaba y cultivaba el incógnito.

Sin embargo, el nombre que queda en la historia de las letras es el falso, el pseudónimo: Lewis Carroll. En los recuerdos de sus amigos, ya viejos, queda, en cambio, un Dodgson pintoresco, taciturno, enigmático con un carácter hecho de violentos contrastes.

El primero de los libros de Carroll, "Alicia en el país de las maravillas", es simplemente, como muchos lectores, un sueño. El segundo, una aventura igualmente inverosímil. Alicia penetra a través de un espejo en un mundo fantástico y pasa a ser un peoncito insignificante en una partida de ajedrez. Esta partida tiene lugar en un panorama cuadrado en el que al fin la niña acaba por ser coronada reina.

Los dos libros plantean el problema más moderno del arte y también antiguo: la relación de la imaginación con la fantasía en la relación artística.

En su diario no es Carroll quien habla, sino el profesor de matemáticas y el ministro protestante, es decir, el respetable Mr. Dodgson. Un hombre grave, soltero, enamorado de los números y de los ángeles. Los números se le sometían. En cuanto a los ángeles (niñas entre catorce y diecisiete años) eran más difíciles y, además, tenían madre. El reverendo Dodgson cita en sus memorias más de treinta de esas amiguitas por sus nombres. Las relaciones eran castas y honestas, claro. Pero besar a un ángel es honesto, también. Y a menudo el autor de Alicia besaba a su Alicia según confiesa en su diario. A una madre que se extraña, le contesta Dodgson en una carta curiosa: "¿No son los ángeles besables?"

No hay duda de que la famosa Alicia es la suma y fusión de las treinta y cinco amigas angelicales a las que dedicaba el autor todo el tiempo que le dejaban libre las matemáticas y la teología.

La obra de Carroll y últimamente su caudaloso y rico diario nos ofrecen el ejemplo de una fantasía gratuita y sin fronteras que se ejerce a voluntad y de una imaginación que acude servicial y discreta a hacer verosímiles las formas propuestas por la fantasía.

Por una fantasía a menudo descarriada. Casi siempre descarriada. Es la misión de la fantasía perder los caminos.

Frecuentemente confundimos la imaginación con la fantasía. La imaginación crea formas nuevas (no existentes antes) o interpreta las antiguas desde un ángulo que tampoco existía antes. Ese género de invención o de interpretación está más o menos al alcance de todos, porque no hay dos personas que vean una forma desde el mismo punto de vista, y el mundo de las formas inventadas o descubiertas no es sino una ínfima parte del que existe virgen, inexpressado e infinito.

Las dos novelas sobre la popularísima Alicia son una cadena de despropósitos e insensatez. Pero, cuidado. Lo que le pasa a Alicia no es más absurdo que lo que vemos a cada paso en la vida. Nos parecerá bastante inverosímil cualquiera de las cosas que nos rodea si la miramos desnudándose de los prejuicios que crea la costumbre. Un hombre moderno, por ejemplo, es un ser vertical, con dos patas, que echa humo por la nariz y se ayuda con cuatro ruedas de goma y una cabina de hierro pintado para ir lanzado por los caminos a lugares donde habitualmente nadie lo espera. Si pensamos despacio en esas circunstancias nos parecerán poco verosímiles.

Hay mil maravillas en cada minuto de nuestra existencia física. El misterio de la memoria sensitiva, emocional, mental. Tenemos unos ojos que nos permiten reconocer los accidentes del camino, identificar a otros seres verticales en dos patas y recordar sus nombres. Cuando un hombre ve a otro piensa: ese es Smith o Pérez o Dupont. A veces alza la mano y dice algo. A veces se lleva la mano a un objeto que tiene encima de la cabeza y lo levanta y lo vuelve a dejar encima de la cabeza. Esas cosas que vemos a diario son pequeños milagros o grandes absurdos con los que nos hemos familiarizado y para los cuales no hemos necesitado ni fantasía ni imaginación. Están delante de los ojos. Son evidencias con la fuerza de un hecho gratuito que se repite.

En el plano de la fantasía natural encontramos ejemplos vivos a cada paso. Días atrás vimos en un noticiario cinematográfico un coro de sordomudos "cantando con las manos". Cantaban en un silencio completo y con una coordinación perfecta una especie de música de gestos. Un himno silencioso, expresado por formas y movimientos. La impresión era tan fantástica como la de los ángeles de Lewis Carroll.

Cuando se trata de movilizar la fe en lo improbable es cuando la imaginación entra en funciones. La obra de Carroll ha sido planeada por la fantasía más irresponsable. La fantasía no necesita ser suasoria. Puede hablar de un perro volando o de un ángel pasando por el hilo del telégrafo (por dentro, con la electricidad). Puede hablar de una nieve caliente o de un fuego húmedo, que parecen absurdos físicos. Pero una incongruencia no es necesariamente absurda. Toda incongruencia es una proposición que hacemos o que hacen a nuestra imaginación creadora.

La incongruencia es la base de toda forma de creación poética. Y es casi siempre producto de la

fantasía. Nuestra fantasía quiere jugar y propone incongruencias. La imaginación hace esas incongruencias aceptables. ¿Aceptables para la razón? No necesariamente, sino para el conjunto de nuestra sensibilidad.

Lewis Carroll dice en una página de sus memorias: "¿No consistirá la locura en la sensibilidad para distinguir la vigilia del sueño?" Es posible, pero con la fantasía inventamos durante la vigilia sueños a voluntad. Con la imaginación los hacemos verosímiles. Esta mecánica nos hace dueños de nuestros sueños, es decir de nuestra fantasía. Carroll identificaba las dos en su relación con las niñas de catorce a diecisiete años a las que llamaba ángeles silvestres y a quienes lograba domesticar con la tolerancia un poco vigilante de sus madres. Y también identificaba imaginación y fantasía a lo largo del encantador proceso de su "Alicia".

La fantasía libre es la locura, pero es una locura que dominamos y que el poeta hace tributaria de la belleza y de la verdad. El poeta la domina con la imaginación mientras que el loco es dominado por ella.

Es muy fácil hacer verosímil todo lo que le sucede a Alicia en los dos volúmenes famosos de sus aventuras. Porque aceptamos de antemano los derechos de la fantasía gratuita (el sueño o el hecho de poder penetrar en el trasfondo mágico de un espejo). Y porque naturalmente Carroll tiene un gran talento narrativo. Es más difícil —y esa es la tarea de los verdaderos poetas— hacer verosímil la realidad de cada día, para lo cual hay que seguir el camino contrario: hacer milagroso el pequeño incidente natural y vulgar de cada momento. Esa realidad que se da por sabida pero que na-



die sabe. O que todo el mundo que sabe pero que no puede decir cómo ni por qué.

Las grandes obras de la literatura a lo largo de los tiempos no son las que la fantasía propone a la imaginación sino las que desde el primer instante encuentran ella sola —la imaginación— en este sueño obligado, natural e impuesto a nosotros por la realidad de cada día y de cada instante.

En la realidad nada es como es, sino como nosotros acertamos a comprender. Una flor, una roca, un árbol, un animal, un sonido, una luz, una perspectiva son fantasías del destino que nos son impuestos cada día al abrir los ojos por la mañana. La imaginación no necesita del auxilio de otras fantasías ni sueños para su obra de arte.

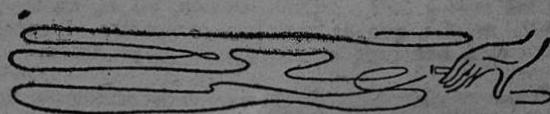
La imaginación es nuestra aptitud para la fe. Para creer en lo que vemos. Que no es tan fácil.

HE SUBIDO PELDAÑOS

Por: EDUARDO JENKINS DOBLES

Grabadas en mi mente están noches terribles
en que partían mi pecho guadañas de hiel áspera
y se quedaba inmóvil mi corazón, gimiendo
como un niño extraviado en el páramo, huérfano,
aún sin comprender el lenguaje del mundo,
aún de barro frágil y muertes cotidianas.
Eran noches terribles salpicadas de estrellas
y cruzadas por vientos con la frente olorosa
a prados florecidos y dulces playas blancas,
sin embargo perdidos, inexplicablemente inútiles,
apartados de mí por agudos dolores,
por el amor violento vuelto garfios de acero,
por las manos fluviales de los días sin besos
recorriendo mi cuerpo, por la ausencia terrible
de tus senos colmados y tus lípidos ojos.
Y, sin embargo, ahora he subido peldaños.
He encerrado las penas en su cárcel de piedra.
He subido peldaños de días y de días
y aspiro solo el aire de las serenas cumbres.
Ven, ámame, recorréme, descubre mis ensueños,
sé la miel de mis flores y el color de mi casa.
Pero si me abandonas conozco otros caminos,
me consuelan la arcilla que moldeó y el sol,
y sé que aún persisten las rosas en los prados
y que es dulce una playa cuando cae la tarde.

Mayo de 1954.



CUARENTA Y TRES. — RASTRO DE MISTERIO.

Obra analizada: *Pastorales y Jacintos*, líricas de Roberto Brenes Mesén. — 1917.

Estimado señor Director:

En la angustia deliciosa de la forma, Brenes Mesén no olvida que es un poeta de pensamiento. El divino azul de la meditación lo atrae en constante y sugestiva manera. Las íntimas delicias del pensar lo alejan de lo corriente. Como el severo Carducci, a quien traduce con acierto, odia la antigua forma. No se rinde al abrazo de todos. Su poesía sigue siendo incomprensible para ese vulgo que odia la dulce boca que jamás lo besa, que nunca ha sabido arrullarlo.

Es siempre, el artista del pensamiento aristocrático. Y de la forma, aristocrática también. Evidencia, en cada estrofa, en cada verso, una cultura amplia, sincera, profunda.

¿Podría decirse que es clásico en el fondo? Sería posible contestar afirmativamente si se recuerda que en ninguna de las líricas de Brenes Mesén existe un reflejo siquiera de la intemperancia sexual. Lo clásico está reñido con la intemperancia, de cualquier clase que ésta sea. Hay, en la poesía del Bardo costarricense, un constante anhelo de medida, de prudencia, de discreción. De las escuelas modernas ha aceptado cuanto le parece en consonancia con la propia intimidad lírica.

En primer término, le interesan los elementos musicales. La palabra, para él, tiene vida por la propia sonoridad, antes que nada. Luego, por la idea que simboliza. En esa idea señala también armonía, musicalidad profunda. El anhelo hondo de musicalidad íntima necesariamente lo va alejando de lo vulgar.

Cree en el peligro. Lo busca. Cree en él porque adivina que ha de servirle de mucho en el progreso rítmico que es la razón de su existencia lírica. Se aleja así de la popularidad. Sus metáforas, sus fantasías, muy distantes se encuentran de las inteligencias corrientes. Por eso fueron discutidas en forma violenta. Y no sólo por los espíritus sin cultura. También poetas de alta inspiración les negaron su simpatía. Mi profesor de Literatura Nacional en la Universidad de Costa Rica nos habló, con frecuencia, de cómo efectivos valores intelectuales se burlaron de **Tu queja**: enarenado de oro y de jacinto — se cubrió de violetas el sendero — de tus ojeras que un dolor austero — fue recorriendo con su alfanje al cinto. Se mofaron de las metáforas que aparecen en ese joyel rítmico llamado **Marina Poniental**. Glosaron, con risas irónicas, las bellas imágenes de **Aventura de Arión**...

A Brenes Mesén ha de pasarle como a Rubén Darío en nuestra América y como a Gabriel D'Annunzio en el Viejo Continente. Muchos hablarán de su poesía. Se enorgullecen del Poeta. Pero el verdadero Artista y sus poemas sólo serán conocidos por un grupo de privilegiados.

Pastorales y Jacintos, el tercer ramillete de líricas de Brenes Mesén, apareció en 1917. Son versos sagrados, con dos velas que son alas — como los define el autor mismo. Con orgullo — muy diferente de la inmensa vanidad a la que nos han acostumbrado otros rimadores — afirma: mi alma es fragmento de la lira — con que canta — un divino y dulce Orfeo — en la tierra...

En *Pastorales*, primera parte del libro, es el Recuerdo, el Pastor. Pero el Recuerdo, en realidad, es el Silencio. Junto al Pastor va la Pena, como un mastín hurraño, austero mastín que nada sabe de cuanto significa la compasión.

Para el Poeta, es el Alma, nave. Amor, un argonauta. Mientras duerme el negro mastín, mientras dormita la Pena junto al rebaño de recuerdos, entra al redil un lobo astuto. El lobo artero es el pérfido Ayer. El Pasado que no se resigna a serlo. Quiere cegar para siempre el manantial de olvido que tantos daños ha venido causándole.

El Pastor es un Endimión dormido, como un lejano amor primero. Llega Diana, al igual de una promesa transitoria. Vierte su amante cabellera de jacinto sobre la bella flor de muerte que es Endimión. En la torre vecina, ruega de hinojos el Ángelus. Con la oración crepuscular, viene la zagala Ilusión. Como ilusión que es, huye apenas despierta el Pastor. Sólo se escucha, entonces, el roto llanto del desilusionado guardián de rebaños. No duran mucho las lágrimas. Vuelve el son inquieto de las esquilas. Surge, en el espacio azul, el brillo sereno de Venus, la estrella del Pastor. Con notas que parecen tejidas de cristal, se escucha el tierno canto de! Vigilante de las ovejas... La zagala Ilusión, en el huerto cercano, escucha aquella música que es romanza campestre. Siente, entonces, que quien está hablando es sencillamente el Amor.

Una deliciosa combinación de serenos endecasílabos y de traviosos versos de arte menor, le sirve, maravillosamente, al Poeta para encadenar el espíritu de quien lo lee.



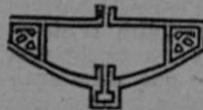
ASI
VISTEN
ELLAS

SHIRLEY
ALFARO

Flor del misterio desleída en silvestre canción... Evocación del sueño erigida en estatua y cielo puro... Nostalgia en espiral de gracia y plenitud...

(Foto

Solano)



Y esmaltando las brillantes estrofas, multitud de selectas imágenes: se pone de puntillas la luz... olor de recuerdos... el líbico negror de tu guejea... cayó el poniente de tu rostro en mi hombro... la Soledad, como una loba esquivada... el harapiento Invierno... desatan sus turbantes de nieve las montañas... en los lomos del Silencio cabalgando va la Tarde hacia el sol ya moribundo... una sonrisa de luz deja la aurora en un rincón del cielo... pupilas de rocío buscan la luz... un desperezamiento de perfumes se alza de las gargantas de las rosas... por los troncos de los árboles la sombra sube a mirar la desnudez del alba... la madrugada con su traje de rosas y de trinos... la quietud parece suspendida del vello sedoso de las alas del silencio... la sonrisa, bebiendo el aliento de tu boca, se queda temblorosa, apoyándose en tus labios... el estancamiento de tu sueño no tiene corrientes que agiten sus aguas... ascienden las ideas como triscantes cabras sobre colinas húmedas de una v de rocío... el aire se llenó de pensamiento y la luz de la luna de plagarias... sobre el silencio de cristal violeta cayó la plata de una voz discreta...

El libro, en su conjunto de rimas y de ritmos, es un canto sereno y profundo al Alma Eterna que a todos los seres da vida, que todo lo agita en incesante emanación de energía creadora. Hay música de silencio; hay lágrimas de un llanto íntimo. Hay, en resumen, un intenso amor a todo cuanto existe en el universo. Hay perfumes y besos de profundo origen romántico: plegarias de la tarde, soles en agonía, vientos volantes de ancias que no saben de fatigas, cementerios olvidados, tumbas solitarias, cruces con inscripciones borrosas, palmas marchitas. El simbolismo se insinúa sin temor alguno. Para ello, el Poeta Magnífico se sirve de lo que fue base excelsa de aquella inolvidable escuela: de los matices tan variados, de las sugestivas combinaciones musicales, de las sombras de los silencios...

Con sincera simpatía saluda al señor Director de LA REPUBLICA,

LUZ DEL ALBA